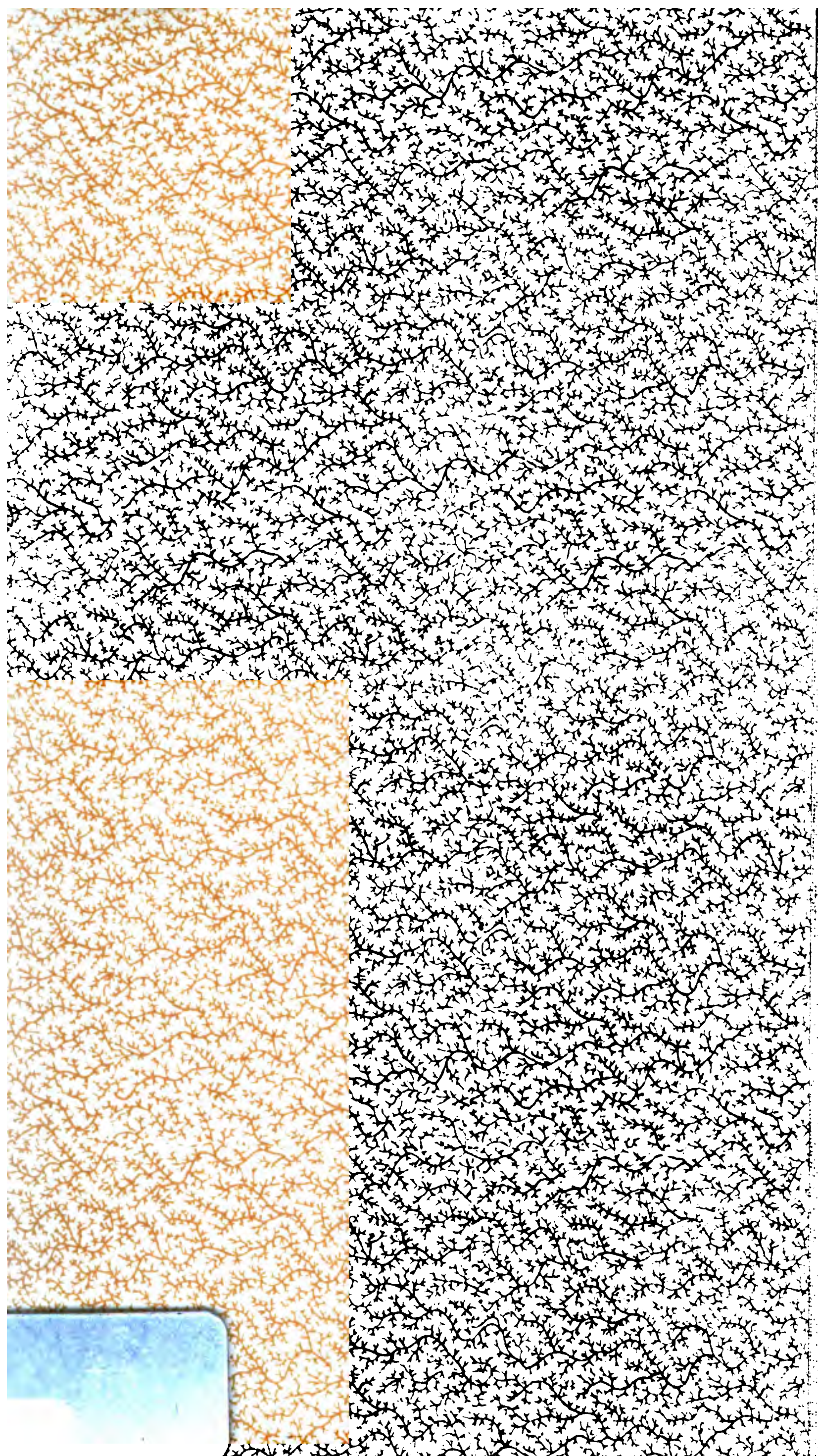






HIMNOS Y QUEJAS,

COLECCION DE POESIAS

de

Don Antonio Arnao.



MADRID:
Imprenta de Espinosa y Compañía.
1851.





HIMNOS Y QUEJAS.

Esta obra es propiedad de su autor.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL LOPEZ DE SANTAELLA,

Comisario general de la Santa Cruzada, etc. etc. etc.,

en testimonio
de respetuoso afecto y sincera gratitud

Antonio Arnao.

Madrid-17 de marzo-1851.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL LOPEZ DE SANTAELLA,

Comisario general de la Santa Cruzada, etc. etc. etc.,

en testimonio
de respetuoso afecto y sincera gratitud

Antonio Arnao.

Madrid-17 de marzo-1851.

PROLOGO.

Al escribir algunas páginas al frente de este libro no es un exámen minucioso y detenido lo que intentamos hacer, no es la crítica severa la que nos proponemos: fuera este trabajo muy superior á nuestras fuerzas; fuera por otra parte inútil por haberlo hecho ya un crítico autorizado (*). Este libro se recomienda bastante por sí solo. Es, pues, un tributo de admiracion, una prenda de amistad, una prueba de cariño.

La poesía que no se aprende, que no se enseña, hija del sentimiento puro y que se viste en las misteriosas regiones de la imaginacion, que pertenece al alma como el perfume á la flor, que brota de todos los objetos de la naturaleza, que inspira respeto en las venerables canas del anciano, que baña de pureza la sonrisa de la vírgen, que modula los llantos del niño, que da al amor grandeza, al cariño ternura, paz en la dicha y esperanza en el infor-

(*) El Sr. D. Manuel Cañete. Véanse los números de El Heraldo del 30 de enero y 2 de febrero del presente año.

estas reflexiones? Creemos, pues, que las poesías de Arnao brillan adornadas con las tres para nosotros principales condiciones, á saber: *pensamiento*, *forma* é *intencion*, que por desgracia no vemos enlazadas con frecuencia.

Torpes anduviéramos en buscar razones para demostrar lo que acabamos de decir, puesto que el libro abierto por cualquiera de sus páginas nos ahorra el discurrir sobre tan notoria verdad. Oigamos un momento al poeta:

«Si peregrinos en el triste suelo
cruzando vamos por difícil senda
sin ver la dulce paz, hija del cielo,
de la dicha del hombre única prenda;
¿no habrá un rayo de luz y de consuelo
que á los abismos del dolor descienda?
¿Ningun alivio el corazon recibe
en este valle en que penando vive?»

De esta manera abre el poeta el libro de sus cantos; de este modo prepara el alma y los sentidos; así nos habla de lo ligero y penoso de la vida en que ciegos caminamos. Pregunta si hay consuelo en las tristezas, si hay alivio en los dolores, y se contesta lleno de fé:

«Sí: Dios lo manda!—Como el sol fulgente
su disco alzando á coronar la altura
arrebata vencidas á occidente
las negras sombras de la noche oscura,
así en el alma del mortal doliente
que amarga copa resignado apura

nítido rayo desde el cielo lanza
la viva luz del sol de la esperanza.»

Aquí encontramos cristiana filosofía, profundidad en el pensamiento, belleza en la forma.

La composicion titulada *La Alondra* nos ofrece con lo sonoro de la rima, lo limpio de la diccion y la novedad del pensamiento.

. . . .
«Cuando al morir el dia
de fuego tiñe la silvestre cumbre
la que el ocaso envia
confusa muchedumbre
de tristes rayos de espirante lumbre....

¿Quién podrá negar la belleza lírica de esta estrofa?

¿Qué espíritu de meditacion y recogimiento no se advierte en todo el hermoso romance *Las olas en la playa*? Dice así:

. . . .
«Acaso por tantos siglos,
ardiendo en ánsias inútiles,
querais ensayar un nombre
que jamás el hombre escuche;

y mientras mansa la brisa
sobre vosotras sacude
sus leves húmedas alas,
el mismo tal vez module.

Cuando el sol al rojo oriente
en carro de fuego sube;



y cuando brilla en ocaso
su cárdena postrer lumbre;

y cuando llega la noche;
y en trono de blancas nubes
triste claridad vertiendo
la luna cándida luce;

á todas horas, dolientes
murmurais, ondas azules,
y llenais el alma mia
de amorosa dulcedumbre.
. . . .

Ahora bien; ¿bastaria el talento por sí solo para haber producido tan bellísimos cantos á la edad de 23 años? A nuestro modo de ver, no. Un concurso de felíces circunstancias ha venido á dar al númen poético de nuestro amigo Arnao ese giro noble, esa correccion que se nota en todos ellos. Dejemos por breves instantes las poesías y echemos una rápida ojeada sobre el poeta.

En el hogar doméstico, en el seno de la familia, cuando nuestra razon vírgen todavía, comienza apenas á romper los velos de la inocencia, el corazon, tierno y dócil á todas las impresiones, recibe el rocío que ha de fecundar el gérmen de las virtudes ó aspira el veneno mortal, que mas tarde ha de acibarar los dias de la existencia. En nuestro concepto— y sentiríamos mucho equivocarnos en materia tan delicada,— la educacion primera, esa que se recibe sobre las rodillas del padre, en las caricias de la ma-

dre, con los halagos de los hermanos, cuyo libro es la familia toda, dá tal impulso al talento y al corazon, que decide de la grandeza ó pequeñez que luego han de quilatar el valor de estas dos joyas del hombre.

En la mañana de la vida todo sonrie á nuestros ojos: las impresiones que recibimos entonces no se borran jamás.

En esta fuente ha bebido Arnao el manantial de sus inspiraciones: en la educacion primera ha respirado el aura bienhechora que fecunda la semilla de las virtudes: al reflejo de esta luz suave y tranquila comenzó á abrirse su razon como el capullo de la violeta á los primeros rayos de la aurora.

A la apacible infancia sucede la inquieta juventud: acaba el niño y empieza el hombre. Esperimenta entonces el espíritu una vaguedad indefinible: parece que la inocencia pugna todavía por conservar encadenado el pensamiento bajo sus cándidas alas: un impulso secreto nos arrastra á desearlo todo, á penetrarlo todo. Entonces hay dos escollos terribles donde tropezar, ó dos sendas seguras por donde seguir la jornada de la vida: los libros y los amigos.

En esta segunda educacion, que viene á ser el complemento de la primera, ha encontrado Arnao verdadera amistad y libros escogidos; pasto al corazon y luz al entendimiento.

Pero aun hay otra circunstancia felicísima: desde su llegada á la córte ha tenido la suerte de adquirir y frecuentar el trato de varias personas ilustra-

das, amantes del saber y de la gloria, que han dado, por decirlo así, la última mano al hombre y al poeta. Nuestro amigo comprende la importancia de esta deuda de gratitud, como la comprendemos los que como él tenemos sobradas razones para vivir agradecidos y respetar á las personas que nos tendieron una mano generosa, y cuyos nombres son bien conocidos en el mundo literario.

Así nos esplicamos como el talento de Arnao, enriquecido liberalmente por la naturaleza, ha podido ofrecer en tan cortos años un fruto tan sazonado, tan bello, tan útil, tan glorioso para el poeta como digno de aumentar la riqueza de nuestra poesía lírica.

Acabaríamos aquí estas desarregladas reflexiones, si pudiéramos resistir á la tentacion de citar algunos trozos, donde encontraremos bellezas poco comunes. Permítasenos saborear el placer de la alabanza justa, del elogio merecido; ya que tan larga licencia se ha concedido al epígrama y á la sátira: permítasenos señalar algunos de los lugares en que encontramos mas ternura, mas riqueza, mas novedad, y quede para otros la ingrata tarea de rebuscar los defectos ó inventarlos y ennegrecerlos.

A pesar de que las poesías de nuestro querido amigo pueden dividirse en *religiosas y varias*, en todas ellas se respira el mismo sentimiento religioso, y cierto carácter místico que las distingue. En las primeras se dirige á Dios: en las segundas vé siempre su mano bienhechora ya en los objetos que describe, ya en sus deseos, ya en fin en sus amores y en sus esperanzas. Llámalas *Himnos y quejas*: himnos

porque son cantos en alabanza de la sabiduría y grandeza del Hacedor supremo; quejas, porque son ayes escapados del alma en las tribulaciones de la vida, y al contemplarse encarcelada entre las flaquezas humanas, donde no puede participar del tesoro de felicidad á que aspira su inmortal naturaleza.

Las inspiraciones de Arnao pasan ligeramente por la tierra y se elevan al cielo, como único fin y dichoso término de la vida del hombre.

Así esclama el poeta en los últimos versos de la *Invocacion*:

. . . .
«¡Tú bendito que enciendes
celestes rayos en la mente inquieta
cuando benigno tu mirada tiendes!
Y pues haces vibrar en himno santo
el arpa del cantor y del profeta,
tuyo es mi corazon, tuyo mi canto.»

¡Con cuánta poesía, con cuánta ternura habla en su soneto á la Vírgen! Llámala

. . . . «Tesoro
de amor celeste y de pureza santa.»

y concluye con estos tercetos tan sentidos, tan puros, tan dignos:

«Separa de tu rostro que destella
la inmaculada luz, el blanco velo:
astro de amor, abrásame con ella.



Ya el corazon rebosa de consuelo....
¡Bendígate el Señor, paloma bella!
¡Bendígate el Señor, reina del cielo!»

El sublime espectáculo de una tempestad arranca al poeta acentos mas enérgicos, y mide la grandeza de Dios en los contrastes de la naturaleza con estos hermosos versos, con estas bellísimas imágenes:

«¡Cuán grande tú, Señor, y cuán inmenso!
Ayer brillabas en la luz dorada
con que bañó el oriente,
al despuntar, la aurora sonrosada;
hoy brillas en el lampo refulgente
que arde en las nubes y el espacio inunda:
ayer las dulces aves
te alababan en cánticos süaves,
hoy te ensalza sin fin la voz profunda
del hondo trueno que á tus pies revienta,
y que lleva rugiendo
en sus alas de fuego la tormenta.»

Con una correccion y gala notables, queriendo el poeta dulcificar los dolores que traspasan el corazon de Laura, esclama de este modo:

«Ven, dulce amiga mia;
ven á gozar el aromado ambiente
que en estas gratas soledades mora:
no reina aquí de la amargura impía
la tiniebla mortal, ni el inclemente
negro dolor, ni la afliccion traidora.
La brisa bienhechora
que en este valle floreciente vuela

enjugará tu llanto congojoso,
y los cielos darán á tu alma herida
la paz que tanto anhela;
dichosa paz, y celestial reposo,
bálsamo puro á tu infelice vida.»

He aquí con qué delicadas tintas dibuja en el *Paisaje de la mañana*:

. . . .

«En medio de esa verdura,
con blanquísimo realce,
los agrestes caseríos
coronados sobresalen

del humo que sube en ondas,
en el viento á disiparse.
Cierran luego el horizonte
allá en el fondo del valle

las montañas azuladas
en dulces pendientes fáciles;
á cuya falda, gentiles
se ven las palmas alzarse,

y cuya cumbre coronan
leves y blancos celajes.
Y dando vida y colores
á este cuadro inesplicable,

por el purpurino oriente,
inflamando en luz los aires,
entre nubes de oro y grana
el sol magnífico nace.

¡Cuánta sencillez!.... Cuánta verdad!

Si es la *Gratitud* la que da vida á su canto, prorrumpe:

. . . .

«¿Qué gloria mas sublime
ni laurel mas augusto el hombre alcanza
que al mísero que gime
ser puerto de bonanza,
íris grato de paz, sol de esperanza?

. . . .

ni el que impone sus leyes
á los sumisos pueblos con espanto
en trono de cien reyes,
viven en fama tanto
como del dulce bien el nombre santo.

Por eso tú que fuiste
númen al génio en soledad perdido,
ángel de luz al triste,
tu nombre esclarecido
salvarás de la noche del olvido.»

La gratitud es la flor mas rica que puede brotar en el corazon del hombre: asi lo ha comprendido el poeta, y en los arranques de su inspiracion, bendice la mano bienhechora y le habla en nombre del beneficio mismo.

Esplicando á Estrella los secretos que el alma abriga en los primeros afanes de la juventud, le dice despues de hacerle sentir los encantos de la naturaleza:

. . . .
«En todo habrás de leer
la misma, la misma historia
de triste y vago placer
que guardará sin querer
el libro de tu memoria.»

Por último, la poesía titulada: *El alma de Cecilia*, llena de vaguedad, de misterio y de ternura, vaporosa como las noches del cielo de la Alemania, melancólica como las tardes del otoño, derrama un consuelo inesplicable que suspende el espíritu.

¿De quien es, pregunta, aquella blanca sombra que cruzando lentamente se mece sobre el bosque, se mece sobre el lago? Todas las noches viene velada por el manto de la niebla, cuando derrama sus tibios rayos la macilenta luna.

«Las flores y los raudales
de estos valles solitarios
bríndanle dulces aromas,
bríndanle murmullos mansos.»

Mas ella todo lo desdeña, todo lo esquiva; y elevando el apacible vuelo, luego que la aurora despunta, se pierde en las bóvedas azules, llenando el aire de suspiros.

Se contesta el poeta y dice:

«Es el ánima inocente
de una doncella, que amando



abrasó en su propio fuego
la flor de los verdes años.

Abrió á la dicha sus ojos,
con la esperanza brillaron,
mas vino á velar su llama
el desamor de un ingrato.

«Cecilia!» las auras dicen,
«Cecilia!» bosques y lagos,
mas ella su amor esquiva
y huye siempre en vuelo ráudo.»

Y concluye:

«Ay! amores de la tierra
son mentira y humo vano:
quien en ella los perdiere
vaya, en el cielo á buscarlos.»

Despues de estos ejemplos, ¿puede negarse que Arnao es poeta? ¿Puede ponerse en duda el valor de las prendas literarias que encierra este libro? ¿No hay verdad en las descripciones, pureza en el estilo, armonía en la versificacion? Finalmente, ¿no resplandece el sentimiento mas delicado sobre todas estas buenas cualidades? Para nosotros es indudable; y de esta última circunstancia brota el encanto que respiramos en las poesías de nuestro amigo, porque el sentimiento es el alma de la poesía: sin él es para nos-

otros lo que el ilustre Quintana dice de la beldad en su célebre oda *A la hermosura*:

. . . . Flor inodora,
estatua muda que la vista admira
y que insensible el corazon no adora.

JOSÉ SELGAS.

MADRID.—*Mayo*—1851.

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL LOPEZ DE SANTAELLA,

Comisario general de la Santa Cruzada.

LA GRATITUD.

Victoriam et honorem acquire qui dat munera : animam autem aufert accipientium.

LIB. PROB.

¿No ves, señor, la palma
que sucumbe al furor del ronco viento?
Así lloraba el alma
con hondo desaliento
bajo el rigor de bárbaro tormento.

Los bienes que ofrecia
mi juvenil edad al goce agena
no eran dulce alegría,
ni paz de encanto llena;
desamparo tan solo, estéril pena.



Entonces que en mi pecho
clavaba el infortúnio áspero diente,
y en mi dolor deshecho
se apagaba en la mente
de la esperanza el rayo refulgente;

tú con próvida mano
el negro cáliz á romper viniste
de mi dolor tirano;
tú para el alma triste
íris de paz y de esperanza fuiste.

Por eso cuando inflama
la tierra, el mar, y la celeste cumbre
la aurora en viva llama;
con santa dulcedumbre,
y envuelta en rayos de divina lumbre,

LA GRATITUD desciende
cual ángel del Señor al pecho mio;
y en el fuego que enciende
vertiendo almo rocio,
me enseña á bendecir tu nombre pio.

Y qué! Solo mi acento
en pago á tu bondad ha de ensalzarte?
Oye el clamor del viento:
vé cual en toda parte
brota sacro laurel para premiarte.

Escucha la voz santa
de gratitud y de entusiasmo llena
que al cielo te levanta:
ella en tu gloria suena
en la orilla del Tíber y del Sena.

Ora el que remontando
su pensamiento á Grecia esclarecida,
y el cincel manejando,
con alma de fé henchida,
en el mármol infunde aliento y vida;

ora el que con divino
pincel, aspira á la gloriosa alteza
del claro sol de Urbino,
y su augusta belleza
arrebata á la gran naturaleza;

ya el bate que inspirado
ciñe en verde laurel arpa sonora;
ya el que levanta osado
con llama engendradora
el sacro templo donde á Dios se adora;

con entusiasmo ardiente,
y arrebatados de inmortal ternura,
preparan á tu frente
corona escelsa y pura
que no marchitará la muerte dura.



¿Qué gloria mas sublime
ni laurel mas augusto el hombre alcanza
que al mísero que gime
ser puerto de bonanza,
íris grato de paz, sol de esperanza?

Ni el ínclito guerrero
que en el campo de muerte se corona
blandiendo crudo acero,
ni el sábio á quien pregona
clarin de fama desde zona á zona;

ni el que impone sus leyes
á los sumisos pueblos con espanto
en trono de cien reyes,
viven en fama tanto
como del dulce bien en nombre santo.

Por eso tú que fuiste
númen al génio en soledad perdido,
ángel de luz al triste,
tu nombre esclarecido
salvarás de la noche del olvido.

Y pues mi ruda lira
solo consagro al bien, astro del hombre,
yo al fuego que me inspira
dilataré tu nombre
para que al mundo con su brillo asombre.

Y acatará tu gloria
la ciega envidia que á tus pies contemplo;
y eterna tu memoria,
de bondad vivo ejemplo,
aquí en mi corazon tendrá su templo.

MARZO—1851.



HIMNOS Y QUEJAS.

Introduccion.

Si peregrinos en el triste suelo
cruzando vamos por difícil senda
sin ver la dulce paz, hija del cielo,
de la dicha del hombre única prenda;
¿no habrá un rayo de luz y de consuelo
que á los abismos del dolor descienda?
¿Ningun alivio el corazon recibe
en este valle en que penando vive?

Sí: Dios lo manda! — Como el sol fulgente
su disco alzando á coronar la altura
arrebata vencidas á occidente
las negras sombras de la noche oscura,

asi en el alma del mortal doliente
que amarga copa resignado apura
nítido rayo desde el cielo lanza
la viva luz del sol de la esperanza.

Ella al mortal que con valor camina
hace ver á sus claros resplandores
en llano inmenso de punzante espina
angosta senda de lozanas flores:
ventura, paz, consolacion divina
vierte pródiga en él, si en los dolores
besando con amor la diestra santa
al alto cielo su oracion levanta.

Yo que tambien por mi desdicha atado
al lazo duro de mortal cadena,
en vez de rico floreciente prado
cruzo la soledad de abrojos llena;
por conseguir alivio á mi cuidado,
para calmar mi rigorosa pena,
al cielo miro en inmortal deseo
y en él la luz de mi esperanza veo.

Cuando al cruzar las puertas de la vida
hallé una tierra fértil y lozana,
encontré la ventura apetecida;
quise cogerla y se deshizo vana.
Al feliz desengaño el alma herida
despertó á la verdad, luz soberana:

senti calmarse su dolor deshécho
y la esperanza renació en mi pecho.

Tendí los ojos y do quier miraron
del Hacedor las maravillas santas;
y ya erizadas cumbres encontraron,
negros abismos, ásperas gargantas;
ya fértiles llanuras columbraron
de mieses, aguas, árboles y plantas,
á lo lejos el mar en ronco estruendo,
y el rojo sol en el cenít luciendo.

Y en dulce voz y música sonora
unieron arpa y corazon su canto,
bendiciendo la mano bienhechora
que hace brotar ó enjuga nuestro llanto:
ya tierna voz del que ferviente adora,
ya de temor sublime ó gozo santo,
los HIMNOS en que el arpa prorrumpia
eran pedazos ay! del alma mia.

Himnos de gloria al que celeste impera
tras el espacio azul que cubre el mundo;
himnos de asombro al que en veloz carrera
hace tronar la nube en son profundo;
himnos de amor al que en la tierra entera
derrama con el sol calor fecundo,
y al que ensalza la humilde florecilla,
y al que en la lumbre de la aurora brilla.

Lleno de gozo y de inocencia pura
corrí á los brazos del mortal mi hermano,
mas respondió á mi cándida ternura
con ceño adusto ó con rencor insano.
Ni amor sencillo, ni amistad segura
quiso pagar su corazon tirano;
y comprendí aunque tarde que la tierra
no es el lugar donde el amor se encierra.

Entonces sin querer el lábio mio
en hondas QUEJAS prorrumpió doliente;
quejas amargas que el dolor impio
me arrancaba del alma aun inocente;
mas presto descendió blando rocio
á refrescar mi corazon ardiente;
y la queja mortal de mi amargura
tornóse al fin lamento de ternura.

Así entre el santo amor que inspira el cielo
y las vanas pasiones de la tierra,
ya mirando la estrella del consuelo,
ya del dolor en la enconada guerra,
siguiendo siempre el rutilante vuelo
de la verdad, que nuestro bien encierra,
sin pretender inmarcesible palma
en el arpa del vate cantó el alma.

Si por dicha mi canto dolorido
que ternura, y amor, y fé, pregona,

mereciese el laurel esclarecido,
del noble vate espléndida corona;
á dicha tanta de entusiasmo henchido,
—como el alma en sus sueños ambiciona—
cifrara yo mi orgullo y mi alegría
en rendirlo á tus pies, ó pátria mia!

MARZO—1851.

INVOCACION.

Laudans invocabo Dominum...
DAV. XVII.

SEÑOR, tú eres la luz! —Desde la cumbre
do ardiendo centelleas,
con los destellos de tu sacra lumbre
la oscurecida inmensidad sondeas.
Escelso te levantas
del orbe sobre el ámbito estendido
pobre escabel de tus augustas plantas;
y entre inmortales coros de victoria,
de tu esplendor ceñido
sol apareces de la eterna gloria.

Escúchame SEÑOR! Débil y ruda
en su ferviente anhelo
sube á morir mi voz, de asombro muda,
al resonar en tu encumbrado cielo.
Creador nítido rayo

de tu sagrado fuego, en mí derrama:
haz que sacuda tan mortal desmayo;
y de entusiasmo generoso hirviente,
su engendradora llama
la inspiracion encenderá en mi mente.

Mira el ardiente espíritu, cual vuela
con vuelo sobrehumano,
para buscar la inspiracion que anhela
á los pies de tu trono soberano.
Infunde en él aliento!
¡Solo un destello de la lumbre pura
con que brilla el escelso firmamento!
Así mi voz cuando tu gloria cante,
sin la mortal pavura
de polo á polo sonará triunfante.

Oh! siéntola brotar! Divino ardiendo
su fuego misterioso,
con su calor el alma enardeciendo
ya la remonta en vuelo poderoso.
¡Tú bendito que enciendes
celestes rayos en la mente inquieta
cuando benigno tu mirada tiendes!
Y pues haces vibrar en himno santo
el arpa del cantor y del profeta
tuyo es mi corazon, tuyo mi canto.

AGOSTO—1859.

OFRENDA DE LA JUVENTUD.

A tí vuelan, Dios mio,
mis dulces pensamientos;
á tí van los lamentos
que exhala el corazon.
Tiéndeme dulce y pío
tu paternal mirada;
descienda á mí sagrada
la escelsa inspiracion.

En tí ve su reposo
mi pecho que te adora;
y en la vital aurora
que en él vierte su luz,
cual íris misterioso,
consuelo á sus dolores,
ve en claros resplandores
tu salvadora cruz.

El alma en santo anhelo
su amor á tí levanta,
y henchida de fé canta
tu célica bondad;
y en inmortal desvelo,
de su ternura en prenda,
dirige á ti la ofrenda
de mi temprana edad.

Tú su flaqueza miras
en sus ignotas luchas,
pero tambien la escuchàs
si tiembla su virtud;
y entonces que le inspiras
ausilio misterioso
prorrumpe en canto hermoso
de santa gratitud.

Cual en las horas bellas
en que derrama el dia
sobre la tierra umbría
su luz de rosicler,
amantes las doncellas,
puestos en ti los ojos,
van á tu altar, de hinojos
guirnaldas á ofrecer;

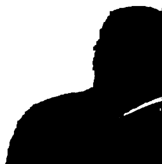
asi en la esplendorosa
mañana de la vida

cuando á gozar convida
el mundo seductor,
el ánima gozosa
que ve en ti su ventura,
te rinde con ternura
la ofrenda de su amor.

¿No escuchas el lamento
del ave pequeñuela
que sin concierto vuela
por muda soledad?
¿Por qué gira en el viento
pïando desolada?
Oh Dios! por qué olvidada
se mira en orfandad.

Asi cuando ha perdido
tu luz consoladora
sentida el alma llora
presa de afan cruel.
Y ¿en vano á su gemido
pretende hallar consuelo?
¿Nadie al mirar su duelo
vierte reposo en él?

Oh! si: ¿No ves trocados
en trinos de alegría
los ayes de agonía
que la avecilla dió?



Por fin á sus amados
ver pudo en la espesura.
¿Quién dirá su ventura
cuando á su amor tornó ?

Así en bellos cantares
el alma dolorida
trueca de gozo henchida
la voz de su afliccion,
cuando tú á tus pesares
desde tu trono eterno,
le mandas dulce y tierno
feliz consolacion.

Tú, luz de la esperanza
que alumbra su destino!
Sol de fulgor divino
que inflama su virtud!
Cual íris de bonanza
tu paz á mi descienda,
si admites en ofrenda
mi ciega juventud.

JUNIO—1848.

A LA VIRGEN.

O tú, madre de Dios, tú eres tesoro
de amor celeste y de pureza santa:
te viste el sol; la luna orna tu planta;
estrellas te coronan: ¡yo te adoro!
A tí dirige el infeliz su lloro;
á tí la tierra su oracion levanta;
espíritu inmortal tu gloria canta
en blanda voz y cántico sonoro.
Separa de tu rostro que destella
la inmaculada luz, el blanco velo:
ástro de amor, abrásame con ella.
Ya el corazon rebosa de consuelo....
¡Bendígate el Señor, paloma bella!
¡Bendígate el Señor, reina del cielo!

OCTUBRE—1846.

EN UNA TEMPESTAD.

SEÑOR ! sobre las nubes denegridas
que entoldan el azul del firmamento
te ven triunfante mis pasmados ojos:
mi espíritu en el trueno tu voz siente
que vuelven retumbando estremecidas
las escarpadas cimas de occidente.
Tu carro refulgente
rueda veloz por la celeste cumbre,
con su fragor el universo aterra,
y al vivo lampo de su sacra lumbre
torna inmenso volcan cielos y tierra.

Cuando rebrama el fragoroso trueno
y ante el mortal como SEÑOR te ofreces,
yo, de júbilo lleno,
te adoro estremecido
en la gigante nube en que apareces
de magestad eterna revestido.
Voy á tu templo santo

donde en blanda armonía
te eleva el pueblo fervoroso canto;
y á su voz adunando la voz mia
torno lleno de amor á confesarte,
y á renovar el fuego inestinguible
con que te adoro y siempre he de adorarte.

¡Cuán grande tú, Señor, y cuán inmenso!
Ayer brillabas en la luz dorada
con que bañó el oriente,
al despuntar, la aurora sonrosada;
hoy brillas en el lampo refulgente
que arde en las nubes y el espacio inunda:
ayer las dulces aves
te alababan en cánticos suaves;
hoy te ensalza sin fin la voz profunda
del hondo trueno que á tus pies revienta,
y que lleva rugiendo
en sus alas de fuego la tormenta.

¡Oh magestad inmensa! yo te adoro:
embriagada en tu amor el alma mia
tras tu esplendor se lanza
entre sublime y mística alegría
y henchida de temor y de esperanza;
que las ardientes lágrimas que lloro,
lágrimas son del gozo en que rebosa
viendo brillar en las preñadas nubes
de tu gloria la lumbre esplendorosa.



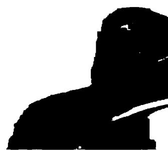
Aquí en tu templo, ó Dios, aquí te ruega
tu pueblo enternecido,
iluminado por la luz que viertes
al cruzar el espacio denegrido:
escúchale Señor: al par que truenan
las densas nubes que tu carro ocultan,
hijas de la esperanza
por las sagradas bóvedas resuenan
sus voces, en tu gloria y alabanza;
y en fervoroso canto
donde su amor encierra,
invocándote, ó Dios, tres veces santo,
prorrumpe con acento de victoria:
«¡Llenos están los cielos y la tierra,
llenos están, Señor, de vuestra gloria!»

Ese es tu pueblo, ó Dios, ese que aspira
tu santo amor en tu grandeza santa,
y que con fé sublime, prosternado
tus alabanzas canta:
mírale ante tu altar, donde destella
la que en el almo cielo
coronada del sol, la luna huella;
donde brilla el *consuelo
de afligidos*, Señor; donde aparece
la *estrella matutina*
que las penas del alma desvanece
y al suspirado puerto le avecina.

De tan fiel mediadora
siempre á sus tiernas lágrimas propicia,
que desarma al amor de su mirada
el brazo aterrador de tu justicia,
reclama intercesion consoladora
al rugir la tormenta desatada:
escúchale: despierta
del oriente lejano al ráudo viento;
ante tu voz la tempestad se humille;
y esclareciendo el alto firmamento
el íris triunfador fúlgido brille.

Y asi cual tu clemencia
le alejará la tempestad, y el cielo
se ostentará con nuevos resplandores,
infúndele tambien dulce consuelo
en su vida de afan y de dolores:
mándale un rayo de tu amor divino,
para que al brillo de su lumbre pía
halle, ó Dios, el camino
que á paz y á gloria venturoso guía.
«Escúchale: despierta
del oriente lejano al ráudo viento;
ante tu voz la tempestad se humille;
y esclareciendo el alto firmamento
el íris triunfador fúlgido brille.»

SETIEMBRE—1848.



MEDITACION.

Cruzando va por los cielos
entre celajes de nácar
la melancólica luna
del manso céfiro en alas.

Su tibia luz apacible
valle, y selva, y monte baña,
tornando arroyos y mares,
mares y arroyos de plata.

Noche de amor y silencio !
Todo duerme, todo calla:
solo suena la armonía
de las quejumbrosas auras.

Al cruzar por la floresta
ó entre la verde enramada
querella sentida mueven
con blando rumor las aguas.

Los fragantes bosquecillos
sordos murmullos levantan,
que al perderse en el espacio
ya se acrecen, ya se apagan,

como seres que susurran
incomprensibles palabras;
lamentos que doloridas
sueltan las nocturnas hadas;

acordes de tierna música;
modulaciones lejanas,
que en los ensueños oimos
de ventura y de esperanza.

¿Qué nos dicen esas notas
por el viento derramadas
que asi el corazon consuelan,
como suspenden el alma?

¿Por qué infunden ese anhelo
de elevar al son del arpa
á un ser ignoto y oculto
bellos himnos de alabanza?

Misterio dulce y sublime!
Esa ternura que grata
naturaleza difunde
adormida en leda calma;

la luna con su tristeza,
con sus querellas las auras,
las fuentes, los bosquecillos,
tan sólo de AMOR nos hablan.

Pero no del amor ciego
que en el mortal ha morada,
que alumbra, quema, y espira
como fosfórica llama;

sino de un amor celeste
que ni se entibia ni apaga;
siempre vivo, siempre grato,
luz, consuelo, paz del alma.

Oh! mirad! el que de estrellas
el azul espacio esmalta;
el que refrena los mares,
el que la tierra engalana,

el que los volcanes prende,
el que al huracan acalla,
es el SER que misterioso
tan solo de AMOR nos habla.

JUNIO—1849.

ASPIRACION.

Oh tú que de los tristes consuelas la amargura,
escucha, Dios piadoso, del ánima el clamor,
y en esta de la carne tan lóbrega clausura
sienta de tus acentos el eco salvador.

Por tu divino soplo los cielos resplandecen,
por él se riza ó brama la inmensurable mar,
y montes, y llanuras, bellísimos florecen,
y céfiros y arroyos murmuran sin cesar.

En esa dulce aurora de cándida alegría
que con tu luz escelsa viertes en la creacion,
el alma que padece y á ti volar ansía
¿ha de llorar atada del cuerpo en la prision?

Si las desdichas reinan en la existencia amarga,
y para ver tu gloria sostienes su virtud,
¿por qué, ó Dios, no la libras de la penosa carga
llevándola á tu trono de amor y de salud?

Ah! los endebles lazos desate tu clemencia
que la unen á este valle de halago engañador.
¡Dirija ya sus alas á tu inmortal presencia!
¡El mundo es su tormento; su dicha, tú Señor!

Enero—1848.



A JUDAS.

(*A mi amigo* Don German Hernandez, *con motivo de su cuadro sobre el mismo asunto.*)

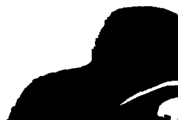
¿Do vas? ¿Do vas? ¿Quién mueve asi tu planta
que huyes rugiendo cual leon herido
de roca en roca con veloz carrera?
¿Quién tu pecho asi espanta?
¿Quien inflama ese fuego denegrido
que en tus sangrientos ojos reverbera?
¿Cual mano ruda y fiera
te impele hácia el abismo tenebroso
que á tu llegada estremecer se siente?
¿Quién con sello de sangre misterioso
eterna maldicion grabó en tu frente?

Vela su faz el sol: estremecida
conmuévese la tierra en ronco acento:
alza sus ondas encrespado el rio:
con ruda sacudida

quebranta el monte su áspero cimiento
y llamas brota de fulgor sombrío.
El piélago bravío
que notos y aquilones enfurecen
sañudo azota la menuda arena,
y los azules cielos se ennegrecen,
y voz inmensa de dolor resuena.

¿Qué pretendes, ó Dios! ¿El fiero instante
llegó en que torne á la espantosa nada
el ancha tierra y el tendido cielo,
y en airado semblante
quieres mostrar tu cólera sagrada
justo castigo á la maldad del suelo?
Ah! no: rasgóse el velo
que mis mortales ojos encubria,
y henchido al par de horror y de ternura
de Judas miro la traicion impía,
y la salud de nuestra raza impura.

Oh! desdichado apóstol: mira, mira
del monte aquel hácia la escelsa cumbre
donde se eleva el leño sacrosanto:
en él paciente espira
befado por inícua muchedumbre
aquel dulce Jesus que te amó tanto.
¡Ve tu obra con espanto!
con ósculo infernal tú la sellaste
en su mejilla de inmortal pureza:



tú á la sañosa turba le entregaste....
¿Posible fué tan bárbara fiereza?

¿No pudo su mirada dulce y triste
penetrar en las sombras de tu pecho?
¡La vil codicia te gritó insensata!
Tu torpe maldad viste,
y el precio arrojas, y en mortal despecho
su recuerdo al abismo te arrebata.
Mas ay! aun se dilata
ante tus ojos misterioso puerto:
llora por ese Dios que has ultrajado:
¿No hay esperanza? ¿Tu piedad ha muerto?
¡Otro pecado mas á tu pecado!

Oh! ¡Cuán siniestra brilla tu mirada!
¡Ya trémula tu mano el lazo toca!
¿Mísero, do te lanzas? ¡Vano intento!
Cayó, como pesada
peña, al abismo, desde el alta roca
con rudo choque y con fragor violento.
Medroso treme el viento
al despeñarse rápido el precito,
y atronando los anchos horizontes
clama un acento lúgubre: «¡maldito!»
por llanuras y selvas, mar y montes.

ENERO—1850.

LA ADORACION.

Et omnes Angeli stabant in circuitu troni
...et coeciderunt... et adoraverunt Deum.

APOC. VII.

¿Do vá cual nube de aquilon llevada
mi alma? ¿Do camina
de rayos inmortales circundada,
de inspiracion divina?

Los tiempos cruza. Vivos resplandecen
sus ojos centellantes.
Los tiempos á su lumbre desparecen:
los siglos son instantes.

Do vá? Mas ay! Detiene estremecida
su vuelo temerario.
Viendo está en sangre celestial teñida
la cumbre del Calvario.

Allí JESUS! Oh! Cándido cordero
que espira mansamente.
Levanta, ó DIOS, tu brazo justiciero!
Desata rayo ardiente!

Mas oh! ¿Que lastimera melodía
por los aires resuena?
Quién esa dulce voz al mundo envía
de amor y piedad llena?

El alma escucha henchida de ternura
sus místicos lamentos:
enfrena el mar su indómita bravura:
enmudecen los vientos.

O celeste vision! Hora entre nubes
de rosa y nieve y oro,
y en cohorte de cándidos querubes,
baja divino coro.

Angeles son! El resplándor sagrado
de su santa aureola,
sus túnicas de armiño inmaculado
fúlgido tornasola.

Ceñidos con guirnaldas aparecen
de flores inmortales:
en sus nevadas manos resplandecen
las arpas celestiales.

Angeles son! Celeste y puro llanto
rueda por su mejilla.
Dulces prosternan ante el leño santo
la frente sin mancilla.

Ya resuenan sus cánticos divinos
sobre la tierra impura:
himnos de amor; acordes peregrinos;
lamentos de ternura.

«Señor que das tu aliento postrimero
«por redimir al hombre;
«bendito tú, dulcísimo cordero!
«Bendito, sí, tu nombre!

«El universo tu alabanza dice
«con perdurable canto.
«Solo el mortal tu nombre no bendice:
«perdónale, Dios santo!»

Mas oh dolor! El sol vela su llama;
ruge el mar; treme el suelo.
Murió Jesus!—Perdon! su voz esclama:
Perdon! resuena el cielo.

Ah! Ya se van los ángeles cantando
cánticos de victoria,
del inmortal Espíritu ensalzando
la eterna santa gloria.

Ya traspasaron la celeste altura.
Murió su canto triste.
—«Bendito tú, que con tu sangre pura
al hombre redimiste»

marzo—1850.



A LA ORACION.

Tú, solo tú del alma conturbada,
misteriosa ORACION eres consuelo
cuando le alcanzas del airado cielo
la quietud por que gime atribulada.
Yo aquí en mi corazon te doy morada:
por alentarte cuidadoso anhelo:
O paloma de amor, tiende tu vuelo!
Busca la oliva de la paz ansiada!
Renacerá con ella mi alegría:
derramarán los ojos dulce llanto:
tendré el sosiego de la edad primera.
Nunca me dejes, nunca, hermana mia,
y asi podré lograr tu fruto santo
que en la sublime patria nos espera.

OCTUBRE—1848.

PEQUEÑEZ Y GRANDEZA.

Grandezas de este mundo, sois ay! bien pasajeras;
humo que ráudo el viento pierde en la inmensidad:
tan solo, ó Dios, tan solo son imperecederas
la gloria de tu nombre, tu escelsa magestad.

En la breñosa cumbre, ó cedro, ayer te alzaste;
ayer, bajel, surcabas el mar murmurador;
pero tú ardiste, ó rayo, y el árbol abrasaste:
la nave hundió en sus senos, el ponto bramador.

Mas hay una morada que eterna resplandece
tras ese firmamento que sobre el mundo está;
donde la escelsa planta de la virtud florece,
donde un sol sempiterno sus resplandores dá.



Allí todo es hermoso, todo inconmensurable,
aquí todo mezquino, nacido á perecer:
¿cómo ha de amar el alma lo bajo y deleznable
si una llama divina siente en su seno arder!

Gusté de las pasiones y halagos de la tierra:
sintió el alma un vacío que no pudo llenar;
que solo, ó Dios, la gracia que tu ternura encierra
de tan oscuro valle la puede remontar.

A tí aspira: gozosa desplegará su vuelo
para la sacra cumbre, templo de eterna luz,
si en el postrer instante de este vital anhelo
recuerdas que por ella moriste ay! en la cruz.

ENERO.—1848.

CONSOLACION.

Oí, Señor: tu acento
cual grato nuncio de salud ansiada
llegó en alas del viento
al alma conturbada,
cuando esclamaste bienhechor y pío:
«¡Vuelve al redil, oveja estraviada!
«¡Dame tu corazon y toma el mio!»

¿Y la llamas amante
viendo que en torpe desamor perdida
ó ingrata ó inconstante
de tu bondad se olvida;
viendo que ciega en loco devaneo
antepone á servirte ir anhelante
siguiendo siempre su mortal deseo?



Mas ¡ah SEÑOR! profundo,
inmenso es el raudal de tu dulzura
que viertes en el mundo
con próvida ternura:
y lo mismo derramas su corriente
de paz y amor, en árida llanura
que en el campo feraz y floreciente.

En la nítida aurora,
en el ardiente sol, en la preciada
lumbre, que á ocaso dora,
en la noche estrellada,
en todo dice á nuestro pecho frio
esa tu augusta voz consoladora:
«¡DAME TU CORAZON Y TOMA EL MIO!»

¿Y no lo rendiremos,
cual justa ofrenda, á tus divinas plantas?
¿Acaso olvidaremos
las dulces, sacrosantas
maravillas sin fin que nos obraste,
y con inmenso amor no pagaremos
el amor que en nosotros derramaste?

Ah! no: puede en la vida
de su dolor en el cruel tormento
el alma entristecida
olvidarte un momento;
pero al sentir que de tu sacra cumbre

baja una hermosa ráfaga perdida
para abismarla en tu amorosa lumbre;

comprende su flaqueza,
y desplegando el arrogante vuelo
henchida de terneza
remóntase á tu cielo;
y allí prorrumpe con acento pío
ante el supremo sol de tu grandeza:
«¡Dame tu corazon y toma el mio!»

Señor! Así lo quieres?
¿Anhelas que esa ley de tu ternura
florezca entre los seres
de nuestra raza impura,
de esta mundana raza que te olvida,
por quien clemente y dulce de amor mueres
tú que eres astro de la eterna vida?

Ah! ya lo comprendemos:
manda de ese tu amor una centella
y el alma elevaremos
inflamándola en ella;
y de la muerte en el dintel umbrío,
poniéndola á tus plantas, clamaremos:
«¡Dame tu corazon y toma el mio!»

NOVIEMBRE—1848.



EN LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.

LIB. MAC.

Ya por la túrbia atmósfera
con vibracion cristiana
resuena melancólica
la voz de la campana.
Oidla! Su eco lúgubre
clama en el corazon!
¡Cómo las dulces lágrimas
brotan en este dia,
y el alma ráuda elévase
sobre la niebla fria
en los profundos éxtasis
de férvida oracion!

Entremos con el ánima
ceñida de tristeza,
sin las memorias míseras
del mundo y su impureza,

bajo las santas bóvedas
del templo del Señor:
Por los que fueron, súplicas
del corazon alcemos,
y á los alados ángeles
llevarlas miraremos
al que vestido osténtase
de eterno resplandor.

¿No veis de aquesas lámparas
al brillo amortiguado
cual ora en calma mística
el pueblo prosternado
ante el inmenso túmulo
do mira con pesar?
¿No oís su acento trémulo
que en la alta nave suena
cual los rumores débiles
que allá en noche serena
suele la brisa plácida
traer del ancho mar?

O cuadro bello y mágico!
O fraternal lamento!
El ruega por los míseros
que esperan el momento
de alzarse al cielo empíreo
donde al Señor se vé:
Lloran por los que, débiles,



alguna vez faltaron,
y á la virtud angélica
ciegos abandonaron
mas que en el seno cándido
murieron de la fé.

Nuestras fervientes súplicas,
ó hermanos, elevemos:
vertamos tiernas lágrimas
y un tiempo gozaremos
del fruto salutífero
que brote su oracion,
cuando en las horas últimas
de este vital quebranto
rueguen por nuestras ánimas
para que en vuelo santo
suban al sólio fúlgido
de eterna bendicion.

Y tú, ó Dios, que magnífico
te ostentas y glorioso,
mas que en el alto Líbano
el cedro mas pomposo;
tú que eres de amor célico
perenne manantial;
concede á esos espíritus
tu gran misericordia:
haz que la aurora nítida
raye, de la concordia,

en que se cumpla espléndida
la gloria universal.

Hora suprema y última
hija de tu clemencia;
escrita en los recónditos
arcanos de tu ciencia,
en que brillar purísima
tu gloria se ha de ver!
¡Hora en que un cuerpo único
deben formar dichosos
los que padecen míseros,
los tristes y llorosos,
y los que en paz angélica
están junto á tu ser!

Entonces, Dios altísimo,
sol vivo de esperanza,
con voz de eterno júbilo,
tu gloria y alabanza
por inmortales cánticos
se oirá en la inmensidad:
«¡Gloria al cordero cándido
«que fué nuestro consuelo!
«¡Gloria á Jehová magnífico
«Señor de tierra y cielo!
«¡Gloria á su amor sin límites
«por una eternidad!»

NOVIEMBRE—1847.

ARMONIA.

Pleni sunt cœli et terra majestatis gloriæ tuæ!

Señor! cuando la luz de la alborada
se ostenta en el confin del horizonte,
bañando con su tinta sonrosada
la selva y la llanura dilatada,
el mar, los rios, la pradera, el monte;

cuando despues, magnífica lumbrera,
rodando el sol por la celeste cumbre,
en el inmenso espacio reverbera;
y el suelo enciende y la azulada esfera,
pálida imágen de tu escelsa lumbre;

cuando teñido de carmin y grana
arde en cárdena luz el occidente,
porque en las ondas de la mar lejana
con lento paso y pompa soberana
ya sepultára el sol su régia frente;

cuando en la calma de la noche umbría
enlutado el azul del firmamento,
triste y perdido entre la niebla fria,
con misteriosa y flébil melodía
sonidos de dolor modula el viento;

en todo el alma nuestra se embriaga
de dulce amor y celestial ternura;
y encuentra dicha misteriosa y vaga:
¿qué habrá, gran Dios, que no le satisfaga
cuando cielos y tierra son tu hechura?

Y ¿qué haber puede en el inmenso mundo
Señor, que no pregone tu grandeza,
tu supremo poder y sin segundo;
que no celebre en éxtasis profundo
de tu obra santa la inmortal belleza?

Nada, ó Dios santo! Con clamor divino
que vuela en triunfo desde polo á polo
escelsa voz te alaba de contino:
todo te ensalza en coro peregrino,
todo se goza en tu alabanza solo.

Desde el ruego que místico levanta
cuando tu omnipotencia el hombre canta
cual de su Dios y dueño soberano,
hasta el grito del mísero gusano;
en tal grandeza y maravilla tanta:

por todo, Dios escelso, cuanto encierra
en sus estensos ámbitos la tierra;
en praderas, y montes, y espesuras,
y desiertos, y mares y llanuras
eres amado, mas tu voz aterra.

Si susurran las brisas del estío,
si dulces trinan las canoras aves,
si azota el mar el huracan bravío,
si despide el leon rugidos graves,
si el cierzo silva, si murmura el rio:

todo acento, rumor, voz, armonía
que del seno del mundo se desprenda,
ya con la luz del rutilante dia,
ya en el silencio de la noche fria,
todo á tí sube en amorosa ofrenda.

¡Cuán magnífico tú! ¡Cuán y cuán fuerte!
Con tu planta inmortal huellas el mundo;
á tí se humilla la implacable muerte;
y á tu voz poderosa queda inerte
el turbulento piélago profundo.

¡Cuán grande si con trueno fragoroso,
sentado sobre el carro victorioso,
cruzas el denegrido firmamento,
encendiendo la tierra, el mar, el viento,
al derramar tu lampo esplendoroso!

Si en tí la pompa y magestad es tanta
es tambien infinita la ternura;
que si al malvado tu justicia espanta,
ay! tu mirada celestial y santa
las heridas del alma cierra y cura.

Bendito tú sobre la tierra entera
con voces y cantares de alegría,
ensalzado, SEÑOR, con fé sincera:
sea el alma por tu amor divina hoguera
que no apague su luz noche ni dia.

Bendito tú, gran DIOS, eternamente
de confin en confin, de gente en gente:
yo tambien con la cítara y el canto
celebraré tu nombre sacrosanto
mientras latiendo el corazon aliente.

JULIO—1846.

LOS PEREGRINOS.

(*Subiendo al monasterio de nuestra Sra. de la* Luz.)

¿Oís en la montaña
que el sol de otoño moribundo baña
vibrar la voz de la campana herida?
Ay! á la casa del Señor subamos
y en himnos prorrumpamos
ante la aurora de la eterna vida.

Tended desde este monte
mirada de placer al horizonte
que por do quier sublime se presenta:
mirad y ved el sello misterioso
que en su esplendor hermoso
la soberana magestad ostenta.

¿No veis, hermanos mios,
sobre monte y campiñas, mar y rios,

el pabellon azul del firmamento,
arrebolado con la luz divina
del astro que declina
y entre celajes de oro muere lento?

¿No veis tras de su huella
dulce bajar la vespertina estrella
para morir con él en el ocaso,
mientras que, antorcha de la noche bruna,
se levanta la luna
por el oriente con su brillo escaso?

¿No oís en lo sombrío
del valle, el blando murmurar del rio,
y ese cantar que entona placentero
el mancebo, bajando á su cabaña
de la verde montaña
que lo repite en eco lastimero?

Ah! sí: gozad, hermanos;
gozad de los encantos soberanos
que la mano de Dios sembró propicia:
leed y contemplad, y penetremos
donde tiernos oremos;
en su templo de paz y de justicia.

Miradle ya: sus puertas
siempre se ven al infelice abiertas:
entrad piadosos, y con fé sencilla

suene triunfal el himno de alabanza
á la Luz de esperanza
que en su altar y en el cielo eterna brilla.

«O tú, Luz anhelada
«del alma en sombras de dolor cegada,
«fúlgida Luz de celestial consuelo
«que alumbras al cansado peregrino
«el áspero camino
«por donde sube en triunfo al alto cielo;

«derrama en nos un rayo
«que nos aliente en el mortal desmayo
«para ganar la suspirada cumbre:
«¿quién hallará la senda apetecida
«en esta ciega vida
«sin el auxilio de tu clara lumbre?

«Y tú que nos diriges
«y el ancho mundo con tu acento riges,
«tú que brillas eterno y prepotente
«sobre mares, montañas, y llanuras,
«y vívido fulguras
«en los astros del cielo refulgente;

«escúchanos: inflama
«de nuestro amor la salvadora llama:
«al alma débil con tu voz alienta
«y ceñirá la espléndida corona

«que al fin la galardona
«en esa patria de que está sedienta.»

Hermanos, ¿no hais sentido
bajar por fin á vuestro pecho herido
bálsamo dulce de feliz consuelo?
Ensalcemos la mano que lo envia!
«Salve, aurora del dia
«que nunca muere en el confin del cielo!»

OCTUBRE—1848.

CANTO DE ALABANZA.

Donde quiera que torne la mirada
con áureos signos de celeste amor
escrito mira el alma enagenada:
«Bendito tú, Señor!»

Si miro las colinas ó los montes,
los lagos, las praderas, ó la mar,
el firmamento azul, los horizontes,
«bendito!» veo brillar.

Si murmuran las aguas ó los vientos,
los árboles, las aves, y á su son
vuelve el eco dulcísimos acentos
murmuran: «bendicion!»

«Bendito!» dice el resplandor del dia,
«bendito!» la nocturna oscuridad:
«bendito!» sí; prorrumpe el alma mia;
por una eternidad!»

MAYO—1847.

CONFESION.

Mi espíritu infeliz sintió en su seno
vívido ciego ardor que le impelia
á levantarse, de arrogancia lleno.

En su esperanza loca descubria
un azulado monte, en cuya cumbre
templo de luz con magestad se erguía.

Deslumbrado quedó viendo su lumbre,
y comenzó á sentir un ánsia ardiente,
fatigosa y estraña pesadumbre.

¡Aquel templo, Señor, resplandeciente,
era mansion de la terrena gloria
que llega tanto á fascinar la mente!

Allí empezó la dolorosa historia
de desconsuelo fuente y de amargura
que no abandona un punto mi memoria;

porque llevado, ó Dios, de la locura
al soplo irresistible, tendió el vuelo
ganar pensando su mentida altura.

Luchó, dudó, mas inflamé su anhelo:
tornó á dudar y redoblé su brío,
siguiendo entre esperanza y desconsuelo;

mas ah Señor! el desengaño impío
cortó sus alas fiero, y despeñado
cayó, quedando herido el pecho mio.

Desde entonces creí, desamparado,
ya sin felicidad cruzar mi vida,
ya para siempre de afliccion cercado.

Mísero yo! ¡Cuán poco agradecida
reconoció mi mente tu clemencia
que la curaba con aquella herida!

Ay! al pararme en mi ambicion tu ciencia
hízome ver en el renombre humano
aura engañosa, pasajera esencia.

No ya su brillo en conquistar me afano,
pues miro en la verdad, cada momento
de la fama el clamor mas y mas vano.



LA RESURRECCION.

(Himno.)

CORO.

¡Gloria á tí que en triunfo subes
en las alas de las nubes
del pecado redentor!
Ya resuena tierra y cielo
tras de tanto desconsuelo:
«¡Gloria, gloria á tí, SEÑOR!»

VOZ.

Tiniebla impura y mísera
veló este mundo triste
cuando, ó JESUS, moriste
pendiente de la cruz;
mas hora rompes súbito
la tumba que te encierra,
y en cielo, y mar, y tierra
brilla tu escelsa luz.

CORO.

Tú rompiste las cadenas
de que solo eternas penas
esperaba el pecador:
Tú el imperio de la muerte
derrocaste en brazo fuerte:
«¡Gloria, gloria á tí, SEÑOR!»

VOZ.

Ceñido vas de nítida
corona centellante:
derrama tu semblante
fuego de caridad.
Sube! Los astros fúlgidos
hoy giran exultando:
tu triunfo celebrando,
clama la inmensidad.

CORO.

Sacros himnos inmortales
las cohortes celestiales
van alzando en tu loor:
Tú el sol eres que afianza
la salud y la esperanza:
«¡Gloria, gloria á tí, SEÑOR!»

Voz.

Desde ese cielo lánzanos
tu paternal mirada,
que con su luz sagrada
estrella es de salud:
Brille en aqueste piélago
de negro horror cubierto,
para ganar el puerto
de la inmortal quietud.

Coro.

«¡Gloria á tí que en triunfo subes
«en las alas de las nubes
«del pecado redentor:
«Ya resuena tierra y cielo
«tras de tanto desconsuelo:
«¡Gloria, gloria á tí, Señor!»

abril—1848.

EL NOMBRE MISTERIOSO.

(Balada.)

Eco, dime, ¿qué murmuras
con acento misterioso
por las gratas espesuras
de ese bosque silencioso?

¿Qué me dices, clara fuente,
con tu queja peregrina
susurrando ledamente
al brotar de la colina?

¿Qué me dices, manso viento,
sin plegar nunca tus alas
en la voz ó en el lamento
que en los árboles exhalas?



¿Y vosotras que girais,
avecillas inconstantes,
por quien tiernas entonais
vuestras cántigas amantes?

—Ah! comprendo la ternura
de tan bellos gratos sones;
de esos ayes de dulzura,
de esas plácidas canciones.

Voces son que siempre llaman
á las almas que padecen:
rico bálsamo derraman,
bienhechora paz ofrecen.

La palabra misteriosa
que están siempre murmurando
es mas dulce y melodiosa
que del arpa el eco blando.

Hay un nombre que bendicen
con sus músicas suaves:
ese es Dios: «Amadle!» dicen
eco, fuente, viento, y aves.

MAYO—1849.

LA ASUNCION DE LA VIRGEN.

(*Imitacion de Fr. Luis de Leon.*)

¿Quién eres tú, señora,
que sobre trono de fulgentes nubes
brillas mas que la aurora,
y entre alados querubes
llena de magestad al cielo subes?

En torno tuyo suena
música blanda en apacible acento:
el mar su furia enfrena;
su voz acalla el viento,
pára el sol en mitad del firmamento.

Tú que moraste un dia
en esta tierra de dolor y llanto;
tú, virginal María,
que el bueno, el justo, el santo
viste morir en bárbaro quebranto;

vas hoy á la morada
donde suspira el serafin por verte,
que te fué destinada
por el sumo Dios fuerte,
vencedora del tiempo y de la muerte.

Los que aquí padecemos
en noche de pesar y de amargura,
¿ á quien ya volveremos
los ojos sin ventura
si tú nos abandonas, Vírgen pura?

Mas no: de amor en muestra,
tu divino Jesus, ya moribundo,
te nombró madre nuestra.
¿ Do está el dolor profundo
siendo tú, Madre, la salud del mundo?

Cánticos de consuelo
resuenan ya: los ángeles te adoran:
ya reinas en el cielo!
De amor tus hijos lloran!
«¡ Bendita!» esclaman, y tu amor imploran.

ENERO—1851.

LA VOZ DE LA VERDAD.

(*Imitacion de Calderon.*)

Mortal, ¿qué oculto poder
encadena tus sentidos
para la virtud dormidos,
despiertos para el placer?
Recobra tu noble ser,
y como buen vigilante
teme no tengas delante
el juicio de la verdad:
¿qué será tu liviandad
en aquel supremo instante?

Cuando á la vida viniste
hallaste campos de flores
que en abrojos de dolores
trocadas bien pronto viste:
cuanto de bello aquí existe
te otorgó benigna suerte;
mas al fin por convencerte
de que su gloria es mentida
te ofrece al fin de la vida
los desiertos de la muerte.

¿De qué te sirven ahora
tantas locas alegrías
como encantaron tus dias
con su risa engañadora?
Ya tu corazon las llora,
pues oye que en voz sagrada
la verdad le dice airada
que en los bienes de la tierra
tan solo, mortal, se encierra
polvo, humo, sombra, nada.

Tú que sabes el orígen
y el remedio de tus penas
haz por romper las cadenas
que tu corazon afligen.
Las manos que el cielo rigen
darán á tu esfuerzo ayuda,
y ya sin cadena ruda

podrás comprender muy luego
que aunque mude el hombre ciego
el amor de Dios no muda.

Separa tu corazon
de estas necias vanidades:
recuerda tus liviandades
y ten de tí compasion.
Esa voz que en triste son
pena y asombro te inspira,
es la voz del que te mira
y del sepulcro en la puerta
con la verdad te despierta
en un mundo de mentira.

Es la voz á cuyo acento
riquezas, poder, renombre,
toda la gloria del hombre
se desvanece en el viento.
Fábrica sin fundamento
es la pompa de la vida:
asi al verse combatida
con insólita dureza
toda su vana grandeza
viene al suelo derruida.

No quieras mas retardar
lo que puedes hoy hacer,
no te suceda querer



cuando no puedas lograr.
¿Qué harás si llega á sonar
en tu corazon pequeño?
Entonces con vivo empeño
despertarás tu cuidado,
mas ¿dónde, desventurado,
piensas volver de tu sueño?

¿No ves la veloz pendiente
porque bajas al abismo?
¿No conoces que en tí mismo
llevas tu salud, demente?
Coje la mano clemente
que quiere volverte atrás;
pues si en el abismo das
que abre á tu planta el placer
entonces querrás volver,
pero entonces no podrás.

Mas esa voz es tambien
voz celeste, amante, pía,
voz de inefable armonía
que te llama por tu bien:
ella te brinda un eden
cubierto de eternas flores,
donde nunca los dolores
han turbado su ventura;
donde goza el alma pura
del amor de los amores.

Ya que puedes escoger
entre tu bien y tu mal,
no escojas como mortal
para mas infeliz ser.
Sus! Despierta! Anhela ver
la patria desconocida,
que aun cuando sientas herida
el alma, por cruda suerte,
si aquí encontraste la muerte
allí te espera la vida.

FEBRERO—1851.

EL SUEÑO DEL NIÑO.

Abre, llena de amor, ánima mia,
abre casta tu seno:
soplo inmortal la inspiracion te envia
desde el éter sereno.

Siéntola hervir inquieta y poderosa:
abrásame su llama:
dulce calor y claridad hermosa
en torno se derrama.

Alzate, pues: recorre la llanura
que ves resplandeciente:
La música divina de la altura
ya preludiar se siente....

—Ved: en la cuna sonrïendo hermoso
dulce descansa un niño:
la madre vela su feliz reposo;
¡oh sin igual cariño!

Inmóvil le contempla en su embeleso,
y en el labio encendido,
ébria de inmenso amor, estampa un beso
del alma desprendido.

Su espíritu embargado de terneza,
ardiendo en amor santo,
eco fiel de virtud y de pureza,
á Dios eleva el canto.

La madre.

Derrama, ó Dios, amante,
derrama desde el cielo
sobre este pobre infante
la dicha y el consuelo
que con su luz purísima
dulces tus ojos dan:
el áspero camino
comienza de la vida:
dale tu amor divino,
tu gracia apetecida;
y paz, virtud, su espíritu
á tí dirigirán.

En esa frente hermosa
do la inocencia brilla,
en esa fresca rosa
que ostenta su mejilla,

venid, alados ángeles,
y un beso dad de amor:
Y entre el bendito canto
con que arrulleis su calma,
cual fiel vínculo santo
hoy le aprisione el alma
por siempre, el feliz ósculo,
que os una ante el SEÑOR.

Ah! ¿quién derrama, quién, por el altura
celestial armonía?
Oh qué acordes de amor! Oh qué dulzura!
¡Cuán santa melodía!

Sí, los ángeles son.... Bajan del cielo
con túnicas de armiño:
van á velar en el humilde suelo
el reposo del niño.

Páranse en actitud tierna y graciosa
en torno de su cuna,
derramando una luz muy mas hermosa
que la luz de la luna.

Y elevan los bellísimos concentos
de su coro divino:
¿Cuando escucharon los dormidos vientos
cantar tan peregrino?

Los ángeles.

O niño; ó tú, paloma
de celestial pureza;
el alba tuya asoma,
desdeña su belleza:
el valle ese es de lágrimas
ven á nosotros, ven:
Allí en el alto cielo
que brilla eternamente,
para inmortal consuelo,
ó espíritu inocente,
una aureola mística
circundará tu sien.

Ah! sube, y te daremos
goces que no son vanos;
llega y te ceñiremos
nosotros como hermanos
la misteriosa túnica
de inmaculado albor.
Los coros inmortales
de tan feliz morada
sus himnos celestiales
darán á tu llegada:
ven, ven á entonar cánticos
al que es inmenso amor.



Oyese amorosísimo gemido,
eco de una voz santa,
que el ánima percibe y no el oido,
cuya dulzura encanta:

Bello un ángel y humilde, con brillante
ligera vestidura,
en paz bañado el celestial semblante,
de hinojos le murmura:

El ángel de la Guarda.

Oh! mientras tu gran dia,
paloma, en lucir tarda,
vela por tí, alma pía,
el ángel de tu guarda:
yo en este corto tránsito
siempre á tu lado iré;
y luego que el momento
llegue, de tu victoria,
cruzando el firmamento
te llevaré á la gloria:
Ah! ¿cuándo, Dios altísimo,
triunfante le alzaré?

Casta sonrisa por los labios rojos
del tierno infante gira,
y al entreabrir sus azulados ojos
su inmóvil madre mira.

En su megilla de jazmin y rosa
sellan enamorados
ósculos, tras la madre cariñosa,
los ángeles alados.

Y lentos agitando las brillantes
alas de nieve y oro,
álzanse á los espacios rutilantes
con apacible coro.

Los ángeles.

De tí nos alejamos,
de tí, niño dichoso:
la paz en tí sembramos
del cielo don precioso:
Ah! ¿cuándo, estrella fúlgida,
vendrás allí á brillar?
O hermano, adios! El cielo,
corona te prepara
si en el ingrato suelo,
como la aurora, clara
de tu virtud purísima
la luz sabes guardar.

Y piérdense los ángeles cantando
por la azulada cumbre:
uno solo á su diestra queda orando
con santa mansedumbre.

Ese que por tí vela, ó tierno infante,
lleno de amor profundo
no te desamparó desde el instante
de tu venida al mundo.

Oh tú feliz! En tu postrer momento
te llevará invisible
á ceñirte en el alto firmamento
corona inmarcesible.

DICIEMBRE—1847.

A LAURA.

Heureux qui près de toi pour toi seul soupire!

Ven, dulce amiga mia,
ven á gozar el aromado ambiente
que en estas gratas soledades mora:
no reina aquí de la amargura impía
la tiniebla mortal, ni el inclemente
negro dolor, ni la afliccion traidora.
La brisa bienhechora
que en este valle floreciente vuela
enjugará tu llanto congojoso,
y los cielos darán á tu alma herida
la paz que tanto anhela;
dichosa paz, y celestial reposo,
bálsamo puro á tu infelice vida.

¿Qué dicha esperas en el ánsia vana
de la torpe ciudad, do el alma triste
en cárcel de dolor opresa espira?



¿En qué mirada viste
la tierna compasion que el llanto inspira?
Ay! ven: deja la impura
morada infiel, por el ignoto valle
que silencio te brinda y calma oscura:
aquí mas blandos á tus hondas quejas
estos árboles bellos, y estas fuentes,
al verte ¡ay Dios! llorando,
con flébil son responderán dolientes,
á tu gemido acordes murmurando.

¿Por qué tan vivo afan?—Ah! tú renuevas
la plácida memoria, triste amiga,
de las dichas fugaces
que suerte infiel te arrebató enemiga.
¡Cuán prestas y falaces
las bellas horas de tu bien pasaron!
¡Cuán lentas las de duelo y amargura
tu corazon angélico cercaron!
Por eso llanto silencioso baña
tus ojos celestiales
y el claro brillo de su luz empaña:
por eso, Laura, en dolorido acento
lágrimas vierto como tú á raudales
cuando infelice tu pesar lamento.

Triste de tí! Como vision hermosa
pasó la aurora de tu dulce vida;
la aurora que á ventura misteriosa

al corazon y al ánima convida:
apenas á su lumbre despertabas
como la fresca rosa
se abre al ambiente del sereno dia
cuando en amarga soledad llorabas
los rudos golpes de la suerte impía;
y casi al borde de la frágil cuna,
víctima siempre de dolor insano,
tus dichas perecieron una á una,
fueron tus esperanzas humo vano.

No te acuerdas de Albión? Allí te veo
en tu infancia inocente,
muy mas hermosa que la blanca estrella
que llora al muerto sol en occidente,
ante la humilde tumba de tu padre
y en tus acerbas lágrimas mas bella,
prosternada gemir con hondo anhelo:
allí en tristes clamores,
transida de dolor pides al cielo
reposo á tus dolores,
reposo ¡ay Dios! bajo la helada losa
donde arrancada á tus amantes brazos
su ceniza mortal blanda reposa.

Ah! que de entonces en tu dulce pecho
las iracundas penas se ensañaron,
y sombras de tristeza
tu existencia infeliz negras velaron:

á la virtud el cielo galardona?
Por eso, dulce amiga,
de tus tristezas el afan mitiga,
cesen los ayes que tu pecho lanza,
y solo broten de tus bellos ojos
lágrimas de ternura y de esperanza.

Ven á este valle, ven; donde reposo
naturaleza con amor te ofrece
en aves, fuentes, céfiros y flores.
Aquí en himno glorioso
la sagrada amistad que me enardece
desterrará por siempre tus dolores:
las lágrimas que llores
gotas serán de bienhechor rocío
en la aurora feliz de tu ventura;
y henchida de ilusiones misteriosas,
cual tierno galardon del canto mio,
me ceñirás una guirnalda pura
de frescos lirios y tempranas rosas.

DICIEMBRE—1849.

LA ALONDRA.

Cuando la rúbia aurora
vertiendo en perlas matinal rocio
con áurea luz colora
el firmamento umbrio,
el árduo monte y apacible rio;

á la celeste altura
tu fácil vuelo con placer levantas
y un himno de ternura
cuanto mas te adelantas
al sol que nace misteriosa cantas.[1]

Cuando al morir el dia
de fuego tiñe la silvestre cumbre
la que el ocaso envia
confusa muchedumbre
de tristes rayos de espirante lumbre;

tú en el viento vogando
subes y subes hasta el cielo hermoso,
para entonar con blando
concento melodioso
al sol que muere canto misterioso.

Tras del oscuro invierno
torna vertiendo amor la primavera;
y tú en afan eterno
¡ó avecilla hechicera!
solitaria al sol cantas raye ó muera.

¿Por qué unirte no quieres
al coro de las aves tus hermanas
y en soledad prefieres
con cláusulas galanas
cantar al sol en tardes y mañanas?

¡Ay!—Por qué te asemejas
al alma justa en el ingrato suelo.
Cual tú la tierra dejas,
ella con ráudo vuelo
para cantar á Dios asciende al cielo.

SETIEMBRE—1849.

SECRETOS DEL ALMA.

¿Por qué intentas que otra vez
torne tu loca alegría,
y el fresco brillo á tu tez,
si te vende, Estrella mia,
tu amorosa palidez?

Ya roto el dorado velo
de tus primeros abriles
sientes misterioso anhelo
en vez del dulce consuelo
de tus goces infantiles.

Mas como en la inmensidad
se ve desde el alto monte
del alba la claridad,
ves tambien un horizonte
de ignota felicidad.



Tambien gozó el alma mia
de los delirios estraños
que llenan tu fantasia
cuando inocente se abria
al sol de tus verdes años.

Escucha, pues, niña hermosa,
como mi acento revela
tus ensueños de oro y rosa;
esa dicha misteriosa
que tu corazon anhela.

Si levantas la mirada
al sereno azul del cielo
en la noche embalsamada,
derramará en tí consuelo
su oscuridad encantada.

Entonces como si oyera
voces en acorde blando,
que por la estrellada esfera
van las auras exhalando
desde lejana ribera;

como si llenara el viento
vago y misterioso aroma,
y un dulce y sentido acento,
mas que arrullo de paloma,
hablase á tu pensamiento;

cual á la brisa del mar
sus alas abre el alcion
para su aliento gozar,
asi á tan grato soñar
se abrirá tu corazon.

Si ves la tarde morir
su régia luz al hundir
el sol, tras del alto monte,
y del opuesto horizonte
la negra noche venir;

en esas horas de amor,
de misterio y vaguedad,
en que con turbio color
de sombra y rosado albor
se tiñe la inmensidad;

entonces, como fogosa
al firmamento se lanza
el águila poderosa;
asi tenderás, hermosa,
las alas de tu esperanza.

Si oyes las hojas temblar
de la alameda sombria;
si ves las aves cruzar
cantando en blanda armonia
para trasponer la mar;



en todo habrás de leer
la misma, la misma historia
de vago y triste placer,
que guardará sin querer
el libro de tu memoria.

Todo á tus ojos tendrá
ternura, halago, belleza
que en amor te inflamará,
y á la vez te robará
voces y ayes de tristeza.

Como la blanca paloma
que con el pecho sediento
de luz y de grato aroma,
si pálida el alba asoma
sus alas tiende en el viento;

asi tras de lo que ansía
el alma tuya cumplir
lanzarás tu fantasía;
saber queriendo, alma mia,
que oculta lo porvenir.

Sigue la senda de flores
que á tus ojos se presenta
con tan vívidos colores,
y abre al sol de los amores
el alma de amor sedienta.



Y nunca se llegue impura
tras de sueños tan estraños
á deshacer tu ventura,
la hiel de los desengaños
que es hiel de tanta amargura.

Goza esa dicha amorosa,
y abre con fé el corazon
á vida tan misteriosa,
que estos goces, niña hermosa,
SECRETOS DEL ALMA SON.

ENERO—1847.

ETERNA PALMA.

Laura: la dulce hermosura
don regalado del cielo
es en el ingrato suelo
luz que un instante fulgura.

La galana lozania
de la tierna edad de rosa
nace con el alba hermosa,
pero muere con el dia.

La juventud agitada,
con sus goces y tormentos,
va, como va por los vientos
nube de aquilon llevada.

Ah! Cuanto al alma se ofrece
para encanto de la vida,
es de belleza mentida
que fugaz desaparece.

¿Donde la dicha se encierra
por que ardientes suspiramos?
¡Locos si aquí la buscamos!
¡No mora en la estéril tierra!

Alcemos al cielo el alma
ya que aquí tan triste gime.
¡Allí florece sublime
la paz como ETERNA PALMA!

MAYO—1849.



LAS DOS ESTRELLAS.

En triste soledad iba cruzando
por el sendero de la vida mia,
los miserables goces desdeñando
que el mundo me ofrecia.
Un bien ignoto ansiaba
mi corazon, en misterioso empeño,
mas ay! el íris de su dulce sueño
mi corazon no hallaba.

En vano la gentil naturaleza
ante mis ojos desplegó su encanto:
cerróse el alma á la inmortal belleza
porque anhelara tanto:
la noche érame bruna,
tibio el fulgente sol, oscuro el cielo,
sañudo el mar, engañador el suelo,
macilenta la luna.

Los que en honda señal sobre mi frente
mi pensamiento triste descubrian
para exaltar mi corazon ardiente
solícitos decian:
«O mancebo, la aurora
«de tu feliz edad brilla radiante:
«¿Por qué en dolor tu corazon amante
«y en triste noche llora?»

Entonces ay! con dolórido acento
mi espíritu decia: «Aurora vana!
«Mostradme aquella luz que el pensamiento
«por descubrir se afana:
«haced que melodiosa
«suene la voz que en su delirio espera,
«y vereis cual en dicha lisonjera
«mi corazon rebosa.

Así viviendo en soledad oscura
llegó un hora feliz.—El sol se hundia.
Conmigo estabas tú. Vaga ternura
correr tu llanto hacia.
Nuestrós ojos al cielo
miraron á la par, y misterioso
vieron brillar el véspero amoroso
cual astro de consuelo.

Celestial emocion el pecho ardiente
me enajenó: mis ojos se inclinaron



y con los tuyos, Luz, en elocuente
fascinacion, se hallaron.
Nuestras almas se unieron;
y desde entonces — ¡ hora de bonanza! —
se abrió mi corazon á la esperanza
y mis penas huyeron.

Por fin hallé en tu lumbre clara y bella,
ó véspero de amor, consuelo y guia:
en tí, cándida Luz, la blanca estrella
que el alma apetecia.
Mi corazon que os ama,
ardiendo en gratitud, fiel os bendice:
«Bien haya—en canto misterioso dice—
«vuestra celeste llama.

NOVIEMBRE—1847.

CONSUELO A UNA SEÑORA.

Paz al dolor, señora!
Ya por desdicha destrozó inclemente
su garra matadora
vuestro pecho inocente:
¿no veis aquese resplandor que avanza
y el firmamento con sus rayos dora?
Esa es la eterna luz de la esperanza!

¿Quereis que lamentable
os evoque recuerdo lastimero,
y que elocuente os hable
mi corazon sincero?
El partirá vuestras amargas penas
pidiendo al cielo en canto perdurable
que rayen para vos horas serenas.



Oid—Las que os velaron
el alma triste en su color sombrío
vuestros ojos tornaron
de lágrimas un rio:
ellas crüeles con veloz hüida
desde los tiernos años os robaron
la blanda paz consuelo de la vida.

Los vívidos colores
aün en fresca juventud brillaban
de las nupciales flores
que vuestra frente ornaban
cuando en vez de la cándida ventura
que brinda el bello sol de los amores
para consuelo y bien del alma pura;

contra el feliz esposo
la negra suerte desató su rayo:
vuestro sol venturoso
nubló mortal desmayo:
Ay! la civil discordia que en el seno
se inflamó de la patria, al doloroso
exilio, le lanzó, de angustia lleno.

Lágrimas derramando,
lejos, señora, de los pátrios lares,
fuísteis con él cruzando
los procelosos mares.
¡Do quier desdicha os persiguió sangrienta!

¡Cuántas veces, ay Dios! cuántas bramando
os amagó con muerte la tormenta!

Tras mísera agonía,
por fin aurora de consuelo raya:
asilo bríndaos pía
de Albion la seca playa;
mas ay! es vana su esplendente gloria
para entibiar tan solo, solo un dia,
del pobre Manzanares la memoria!

Allí la hija del cielo,
la sagrada amistad abrió sus brazos
y os dió santo consuelo
con sus divinos lazos;
mas no fuísteis feliz: bien lo mostraba
del alma vuestra el inmortal desvelo:
El amor á la patria os abrasaba!

Propicia al fin la suerte
sus puertas os abrió, mas ay! señora,
vuestro esposo, la muerte
arrebató traidora.
Soltad la rienda al congojoso llanto
y al cielo le ofreced: él solo vierte
bálsamo puro en tan mortal quebranto.

Oh Dios! Y ¿así lucieron
de su existencia los penosos dias!

Mas para siempre huyeron
tan hondas agonias:
abrid, señora, á la esperanza el alma:
hasta Dios vuestras súplicas subieron
y á daros torna la perdida calma.

Blanda paz inocente
mansa la vida os brindará do quiera,
como al alba rïente
de vuestra edad primera;
que las hermosas prendas que os quedaron
para dulce consuelo, en ánsia ardiente
su amor á vuestra dicha consagraron.

Ellas, lozanas flores
del jardin del amor que en vos anida,
si negros los dolores
amagan vuestra vida,
su voz al cielo elevarán piadosa,
y al escuchar sus cándidos clamores
celeste paz os sonreirá amorosa.

Alzad, alzad los ojos
de aquesta impura desolada tierra
—que solamente abrojos
en sus senos encierra—
al firmamento azul que el sol inflama;
do libre el alma de dolor y enojos
triunfante vuelo por do quier derrama.

Tambien yo que en mal hora
y en tiernos años mísero suspiro
su luz consoladora
con ánsia ardiente miro:
breve es la vida y de mortal desvelo,
mas ¿quien no espera cuando al fin, señora,
nuestra pátria comun está en el cielo?

FEBRERO—1850.

LO QUE EL VESPERO DICE.

O tú, estrella tembladora
que apareces esplendente
cuando el fuego postrer dora
la region del occidente,
oh! bien vengas, clara estrella,
con tu luz rosada y bella.

Ante la noche caminas,
y del sol sigues el paso,
y á llorarle te reclinas
en la tumba del ocaso:
¡Cuán hermosa eres, estrella,
con tu luz rosada y bella!

¿Que tu albor al alma augura
con sus dulces resplandores?
¿Le predice su ventura
su congoja ó sus dolores?
Oh! Comprendo, clara estrella,
lo que dice tu luz bella.

«Yo alimento la esperanza
«si ve el ánima en su llanto
«bien remoto que no alcanza,
«tierno alivio á su quebranto:
«yo consuelo su querella
«con mi luz rosada y bella.

«Soy el hálito fogoso
«que da vida al ancho mundo,
«desde el cielo esplendoroso
«hasta el mar vasto y profundo:
«soy de amor la clara estrella
«con mi luz rosada y bella.»

Eso dices desde el cielo,
dulce estrella bienhechora:
compadece mi desvelo,
y en mi pecho que te adora
del pesar borra la huella
con tu luz rosada y bella.

Mas ya pronto tu luz pia
velará el enhiesto monte:

Ve con Dios! Cuando otro dia
tornes dulce al horizonte,
tráeme amores de mi Estrella
con tu luz rosada y bella.

SETIEMBRE—1847.

EL ALMA DE CECILIA.

¿De quien es la blanca sombra
que al cruzar lenta el espacio
ya se mece sobre el bosque,
ya se mece sobre el lago?

Ah! todas las noches viene
entre la niebla flotando
así que la triste luna
derrama su tíbio rayo.

Las flores y los raudales
de estos valles solitarios
bríndanle dulces aromas,
bríndanle murmullos mansos;



pero todo lo desdeña,
y suspiros exhalando
luego que el alba despunta
se pierde en los cielos altos.

—Es el ánima inocente
de una doncella que amando
abrasó en su propio fuego
la flor de sus verdes años.

Abrió á la dicha sus ojos:
con la esperanza brillaron;
mas vino á velar su llama
el desamor de un ingrato.

«Cecilia!» las auras dicen,
«Cecilia!» bosques y lagos,
mas ella su amor esquiva
y huye siempre en vuelo ráudo.

Ay! Amores de la tierra
son mentira y humo vano:
quien en ella los perdiere
vaya, en el cielo á buscarlos!

SETIEMBRE—1849.

UNA LAGRIMA A SU MEMORIA.

Ah! Yo te ví partir: el alma mia
que de amargura rebosó al perderte
ve la huella de luz, ángel hermoso,
que dejaste en tu muerte,
cuando con ráudo vuelo,
abandonando el mundo doloroso
á tu pátria volviste que era el cielo.

Te ví partir, espíritu divino,
y al ver la blanca estela
de tu feliz camino;
al aspirar la esencia misteriosa
que el viento embalsamaba;



al escuchar la música amorosa
que en lejanos acordes murmuraba,
sentí en mi pecho lóbrego vacio;
tembló mi corazon; mi triste vida
súbita desmayó. ¡Cuánto, ángel mio,
fué mi dolor en tu postrer partida!

Y todo ha muerto! La infantil ternura
de aquellos castos ojos,
su angélica sonrisa, su voz pura,
oh! todo ha muerto ya!—Porque flor fuiste
solo duraste un sol como las flores:
ángel eras tambien: por eso huiste
de este mundo de prueba y de dolores!

Ave blanca y azul que por el viento
cruzaste en soledad, cesó el murmullo
de tus alas vistosas, y el arrullo
de tu canoro acento.
Has pasado invisible por la tierra,
purísima paloma,
hasta llegar á los verjeles santos:
ellos te bríndan celestial aroma;
tú les regalas apacibles cantos.

Adios, sombra de amor! Desde ese cielo,
morada de alegría,
no escucharás la voz de amargo duelo
que exhala el alma mia.

Ya nunca te veré: no ya mis ojos
la luz contemplarán de tu mirada,
mas tu imágen doliente
dentro del corazon está grabada,
y grabada estará mientras aliente.

MARZO—1847.

CUNA Y SEPULCRO.

(Balada.)

Si llamas á las puertas de la vida
verás un cielo fúlgido y risueño;
una dulce mañana:
mas si buscas la dicha prometida
hallarás tristemente sombra vana....
¡Si; sombra vana!

Si á la muerte tus pasos apresuras
verás un seno lóbrego y sombrio,
un recinto medroso:
mas si esperas en él mas amarguras
tan solo en él encontrarás reposo.....
¡Ay! sí, reposo!

SETIEMBRE—1849.

PAISAJE DE LA MAÑANA.

(*Dedicado á un jòven pintor.*)

¡Cuán bellas soïs, cuán bellas
mañanas primaverales!
¡Cómo verteis en el alma
dulce consuelo inefable!

¿Quien ha dado al firmamento
ese color rutilante
que seduce nuestros ojos
y que suspirar nos hace?

¿Quien ha dado á las colinas,
á los campos y á los valles,
ese manto de verdura,
de verdura inagotable?



cien pequeños arroyuelos
por entre verdosas márgenes
corren con blandos rumores
á mezclarse en los raudales

del magestüoso rio
que en ancho y profundo cáuce
ya se ostenta ante los ojos,
ya se oculta entre el follaje.

En medio de esa verdura,
con blanquísimo realce,
los agrestes caserios
coronados sobresalen

del humo que sube en ondas
en el viento á disiparse.
Cierran luego el horizonte,
allá en el fondo del valle,

las montañas azuladas
en dulces pendientes fáciles;
á cuya falda, gentiles
se ven las palmas alzarse,

y cuya cumbre coronan
leves y blancos celajes.
Y dando vida y colores
á este cuadro inesplicable

por el purpurino oriente,
inflamando en luz los aires,
entre nubes de oro y grana
el sol magnífico nace.

Ah! ¿Cuando podrá la lengua
contar maravillas tales?
Solo el alma las comprende;
el alma, que al elevarse

con ráudo vuelo al espacio
que ante sí ve rutilante
lanza suspiros ahogados,
lanza misteriosos ayes

de tristeza y de alegria,
de sentimiento inefable.
¿Por qué encuentra embebecida
en las ráfagas del aire

un perfume misterioso
que asi suspirar le hace?
—Porque en apacible vuelo
quiere ansiosa remontarse,

buscando dulce reposo
á las fatigas mortales,
allí donde el tiempo ráudo
sus negras alas no bate.



—Hermano, en la luz dorada
de esos hermosos lugares
que la gran naturaleza
ornó con mano abundante,

lanza tu alma generosa
que anhela emociones grandes,
y cuando en sublime fuego
fiel al lienzo le traslades

recuerda que si es tan solo
de otra una pálida imágen,
«¿cómo brillará en el cielo
«la infinita, la inmutable?»

JUNIO—1848.

AL PARTIR A ITALIA.

(*Al jóven pintor* D. José Pascual Valls.)

¡Cuán presto, dulce amigo,
vas á partirte de la pátria hermosa!
Ya por oriente matizado el cielo
de nácar y de rosa
colora el pardo lino
del alta nave que á surcar se apresta
el férvido elemento,
arrostrando el revuelto torbellino
de crespas olas y sañudo viento.
Bien pronto, ay Dios! desde la estéril playa,
viendo la blanca y espumosa raya

que irá dejando en pos, mis tristes ojos
llorando te darán su adios postrero.....
Tú en tanto en voz doliente
tambien dirás: ¡adios! y en la sonora
mar, perderáse, y tu bajel velero
en las brumas que arrolle el sol naciente.

¿Quien de la madre pátria
crüel te arranca y de mis tiernos brazos?
¿Por qué ese infausto anhelo
de quebrantar tan deliciosos lazos?
¿Será que el fuego que en tu pecho ardia
habrá trocado en desamor y hielo
la ingratitud, como la muerte, fria?
—Ah! no: brillar en tu pupila miro
el ánsia noble que de ardor te llena:
sí; parte do te llama
esa voz que en tu espíritu resuena,
que tu fogoso corazon inflama.
Parte veloz: no ya del pecho mio
saldrán gemidos, ni clamor doliente:
mis ojos ven lo por venir: ¿no vuelas
en pos de dulce gloria?
Vé, que tu altiva frente
será ceñida en láuro de victoria.

Italia! Italia! A tu florido seno,
bajo tu cielo azul y rutilante,
parte mi amigo de esperanza lleno.

Murmuradora brisa
sobre el tranquilo mar su nave impela,
como cándido cisne
que rozando las ondas ráudo vuela.
Italia, en tí la inspiracion ansiada
eterna resplandece,
por cielo y mar y tierra derramada:
tierna le acoje: su alma generosa
con tus celestes rayos ennoblece!
¡Vuélvele vencedor, Italia hermosa!

¡Feliz yo si su aroma regalado
cual tú, mi amigo, respirar pudiera!
Al sentar nuestra planta en aquel suelo
do florece perenne primavera;
inflamados del fuego misterioso
que infunde el almo cielo;
trémulo el pecho amante,
lanzáramos al viento¡himno glorioso
de paz y amor, en la sagrada tumba
del puro Rafael, y sacro Dante.

Mas ah! que no me es dado
partir cual tú do con amor ferviente
las dulces Artes, de sus nobles hijos
ciñen la altiva frente.
No ves? Ya por su oriente
tu suspirado sol radiante asoma:
parte á beber sediento

la inspiracion en la preclara Roma;
mas nunca olvides que la madre pátria
de tí corona inmarcesible espera:
vé, y que su imágen que ante tí sonrie
brille en luz lisonjera
que al vencimiento fúlgida te guie.

Adios, adios! Cuando la ráuda nave
que al piélago se lanza,
al sosegado puerto que abandona
torne feliz en plácida bonanza,
tú, que partes oscuro
la frente alzando de laurel ceñida
rendirás como ofrenda tu corona
ante las pátrias aras, y yo en tanto,
sintiendo el alma de entusiasmo henchida,
consagraré á tu fama altivo canto.

FEBRERO—1850.

A MIS PENSAMIENTOS.

No os remonteis á la cumbre
desde aqueste humilde llano,
del ala, el vuelo atrevido,
blancas palomas, fiando;

que os puede azotar el viento,
ó el rojo sol abrasaros,
ó perseguiros sañudo
el carnívoro milano.

Asi triste en voz de duelo
con mis pensamientos hablo,
pues son cándidas palomas
que anhelan volar muy alto.

—Tened, pensamientos mios,
no alceis vuelo temerario,
que otros muchos cual vosotros
Icaros se despeñaron.

A un astro puro volais:
oh! remoto está ese astro!
Temed no os queme las alas
el fuego del desengaño.

¿Lo amais por hermoso?—Amadlo,
mas no salid de mi labio:
siéntaos yo dentro del alma
cual dulce fuego sagrado.

Si alguna vez á mi pecho
baja su celeste rayo
lo que hora calla mi lengua
publique entonces mi llanto.

Asi, creced misteriosos,
íris de paz esperando,
de mi corazon amante
en el dulce santüario.

ENERO—1850.

QUERELLA.

¿Y vos preguntais cual pena
tanto mi pecho destroza,
que en silencio de mis ojos
lágrimas de fuego brotan?

Oh! Preguntad á vos misma
y acaso escucheis, señora,
resonar dentro del alma
alguna voz misteriosa

que con dolorido acento
y en hondo afan os responda;
y sabreis porqué la mia
entre lágrimas se ahoga.



Ah! este amor nòble y puro
con que el alma que os adora
á vuestros pies cual ofrenda
la vida rinde gozosa;

esta aspiracion ferviente
con que sobre vos invoca
la dulce paz, la alegría,
no la comprendeis, señora.

Yo como el arroyo manso
que deja la verde alfombra
y sus aguas cristalinas
entrega á la mar undosa;

como alegre pajarillo,
posado en la verde copa,
al rojo sol que despunta
su canto mejor entona;

os he rendido amoroso,
lleno de esperanza loca,
un raudal puro y tranquilo
de ilusiones venturosas;

y del entusiasmo ardiendo
en la llama vividora,
vuestra hermosura he cantado
pues sois mas que el sol, hermosa.

Mas ay! ni habeis comprendido
mis esperanzas de gloria,
ni juzgais que mis amores
son si no rápida sombra.

Por eso amarga sonrisa
á vuestros labios asoma
cuando os digo la tristeza
en que mi pecho rebosa.

Descansad, señora mia,
presto callará mi boca
cuanto os amo; mas que mueran
ya mis ilusiones todas.

Harto pronto ausencia triste
vendrá para mí forzosa,
este amor y estas querellas
llevando á tierras remotas.

Tal vez el helado tiempo
borrará vuestra memoria:
Ah! no, no: vivirá eterna
mas oculta y silenciosa.

Será hoguera que me inflame
con su lumbre salvadora,
alentándome á ceñirme
del bien la escelsa corona.



De vos me apartais airada,
á mi desconsuelo sorda;
yo esa mano beso humilde
que enemiga me destroza.

Iré con mis penas, lejos
de estas cortesanas pompas,
de los valles do he nacido
á la soledad sabrosa;

y á orillas del pátrio rio
que con sosegadas ondas
es de la vida felice
imágen consoladora,

alimentando mi alma
con su pasion misteriosa,
para vos pediré al cielo
la ventura que ambiciona.

Adios! Acaso algun dia
vuestro corazon conozca
cuanto es puro el amor mio
que no comprendeis ahora.

Entonces si llanto triste
de vuestros párpados brota,
hablad, y dejando presto
mi soledad venturosa,

volaré á daros la dicha,
y á calmar vuestra congoja,
con las dulces ilusiones
que en mi pecho se atesoran.

JUNIO—1850.

LA NOCHE EN LA SOLEDAD.

(*A mi amigo* D. Lope Gisbert.)

Llegó la noche plácida
velando el ancho cielo,
mas las estrellas fúlgidas,
cual astros de consuelo,
derraman ya benéficas
su dulce resplandor;
y en los hojosos árboles
la brisa suspirando,
y el arroyuelo tímido
con su murmurio blando,
en nuestras tristes ánimas
infunden paz y amor.

O hermano, ven!—Los míseros
que como tú suspiran
hallan el manso júbilo
que lejos de sí miran,
en la quietud dulcísima
de aquesta soledad.
Ven ay! que en esta atmósfera,
cuyo misterio encanta,
el dulce aliento aspírase
de la pureza santa,
las penas hallan bálsamo,
renace la verdad.

En esta paz, el ánima
gentil las alas tiende,
y en vuelo alegre y rápido
el vasto espacio hiende,
y al firmamento elévase
que ante sus ojos ve.
Enjutas ya sus lágrimas,
deshecha su amargura,
bañada en luz purísima
goza de la ternura
que en ella vierte angélica
la misteriosa fé.

Oirás cuál por los ámbitos
opuestos de la tierra
resuenan los horrísonos

ecos de infanda guerra
de la soberbia indómita
y el ódio destructor:
oiráslos cual los débiles
ecos, que lleva el viento,
cuando al soplar del ábrego
el férvido elemento
lejano en olas rómpese
con infernal rumor.

Oirás las voces flébiles
que la inocencia lanza
cuando con negro espíritu
le oprime la venganza,
cual á la oveja tímida
cruel lobo rapaz.
Y al par en ronco estrépito
cantares de alegria
de los que en loco júbilo
ardiendo noche y dia,
de su placer al ídolo
doblan la altiva faz.

O hermano! Ante ese vértigo
de pena y de locura
suspirarás solícito
por la inmortal ventura
de la quietud dulcísima
que goza el corazon,

si lejos de los nítidos,
sueños, que son tiranos,
no alimentó quiméricas
ánsias de honores vanos,
ni de placeres míseros,
soberbia ni ambicion.

¿Que ha sido de los ínclitos
clarísimos varones
cuyas empresas célebres
llenaron las naciones?
Ay! como sombra rápida
pasaron ¿Dónde están?
Mira cuál en sus páginas
el libro de la historia
dice con sus imágenes
que es la terrena gloria
sueño que pasa súbito,
madre de eterno afan.

Ansiemos la benéfica
paz en que viva el alma,
la paz, precioso bálsamo
que nuestras penas calma;
íris que traza espléndido
el dedo del Señor.
Y ante el ansioso espíritu
rasgando el denso velo,
miremos las magníficas

galas de tierra y cielo.
¿Dónde hallaremos, míseros,
mas júbilo ni amor?

Por eso, ven al plácido
seno de aquesta sombra;
bajo los verdes árboles,
sobre la fresca alfombra,
donde con voz ternísima
te llama mi amistad;
y á la apacible música
del bosque, el aura, el rio,
ya vencedora el ánima
de su dolor sombrio,
bendecirás en éxtasis
la dulce soledad.

OCTUBRE—1850.

A UNA PASTORCILLA.

No me quieras, no me quieras,
inocente pastorcilla;
porque el amor que te ofrezco
es manantial de desdichas;

antes bien si gozar quieres
la dulce paz de tu vida,
y que no se desvanezcan
tus ilusiones tranquilas,

de mi inquietud amorosa
los bellos ojos esquiva,
porque apagará su brillo
de un triste la compañía.

No pienses que mis palabras
son de ingratitud nacidas,
que bien sabe el alto cielo
si te adora el alma mia.

Vuelve tus azules ojos,
mi rostro marchito mira;
y verás en hondas huellas
y en rasgos de fuego unidas,

la luz que en mis ojos arde
inestinguible y sombria,
que publica mi tristeza
como mi pasion publica.

No quiero que por mí bañe
la palidez tus mejillas,
ni que para siempre huya
de tus lábios la sonrisa;

que el cielo te castigara
si me amaras, pastorcilla,
«porque el amor que te ofrezco
«es manantial de desdichas.

MAYO.—1850.

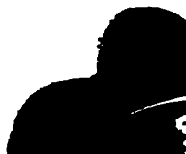
LA SOLEDAD DE LA PLAYA.

L' obblio del mondo é qui.
ROMANI.

Aquí en la orilla de la mar undosa,
de esa mar insondable que murmura
y al soplo de la brisa matutina
ondas levanta de rizada espuma;

ante las rojas nubes que el espacio
como bajeles nacarados surcan
al preceder á la rosada aurora
que en dulce luz el horizonte inunda;

ante las blancas y movibles velas
de las barquillas que las aguas cruzan,
mientras huyendo las marinas aves
las ondas rasan con sus leves plumas;



bañada del aroma misterioso
de suavidad y matinal frescura
con que la brisa al desplegar sus alas
ráuda deshace las opacas brumas;

en el agreste plácido sosiego
que reina en torno, donde no se escuchan
si no el canto de alegres avecillas
que á la aurora y al mar ledas saludan,

ó el rumor de las ráfagas ligeras
que estrañas voces al volar susurran,
ó el de las olas que en la playa espiran
con mansos ayes de tristeza suma;

aquí la soledad, aquí desplega
su grandeza inmortal y su ternura;
aquí de amor el corazon se nutre,
y el alma al trono de Jehová se encumbra.

«Felice soledad!—esclama el hombre
con grito de dolor y de amargura
cuando en el vano afan de las ciudades
entre pasiones encenadas lucha;—

«soledad encantada! ¡Quién pudiera
«en tu retiro y en tu calma oscura
«pasar las horas de la breve vida
«por siempre libre de batallas rudas!»

Mas ay! aun cuando triste asi la llama,
y aun cuando lejos de ella en sus angustias
suspira por su paz ¿viene á su seno?
¿Su ignorado recinto acaso busca?

—No, no; porque si deja el torpe mundo
su nombre en el olvido se sepulta,
y se despoja de la rica pompa
que brillante en su seno le circunda,

y el borrascoso amor para él acaba,
y á los halagos del placer renuncia,
y la ambicion con poderoso grito
á la dorada vanidad le impulsa.

«O tú, sublime soledad!—prorrumpen
los que á su amante seno se refugian;—
«¿quién como tú apacible? ¿Quién del alma
«como tu paz las lágrimas enjuga?

«¿Quién los acerbos males de la vida
«como tu ambiente misterioso endulza
«y las locas quimeras desvanece
«que en anhelar ardiente la conturban?»

Asi te llama el hombre: asi recurre
á tu quietud como á salud segura:
yo tambien vengo á tí: quiero los lazos
romper de las pasiones iracundas:



quiero que el alma en tu tranquilo seno,
del mundo rota la servil coyunda,
águila osada en vuelo poderoso
del pensamiento en alas á Dios suba.

Por eso vine á tí! Por eso vine
á las hermosas playas donde nunca
ese tendido piélago se irrita
rompiendo en olas de imponente furia:

ni donde brama el aquilon airado
desatándose en ráfagas sañudas,
si no aquí donde el mar la rúbia arena
viene á besar en plácida dulzura;

aquí donde la brisa sosegada
himnos y quejas á la vez modula,
donde el cielo es azul, y el sol ardiente,
donde en pálido albor brilla la luna.

Yo pasearé la solitaria playa
cuando el astro inmortal la esfera alumbra
tornando con su luz lago de fuego
esa tendida mar que el viento arrulla.

Y despues cuando encuentra en el ocaso
entre celajes cárdenos su tumba,
mientras avanza del lejano oriente
con paso audaz la oscuridad nocturna.

Y cuando en trono de lucientes nubes
la reina brille de la noche bruna
descifraré lo que las mansas olas
en bajo son al espirar pronuncian.

Aquí seré feliz, y en el ligero
batel, surcando la salada espuma,
ó en la dorada arena recostado,
será mi dicha tu quietud profunda.

Por eso vengo á tí! Por eso el alma
himnos entona á tu belleza pura.
O soledad! ¡Acógeme en tu seno!
¡Mi inspiracion gozosa te saluda!

AGOSTO—1849.

CANTO DE LOS PESCADORES.

CORO.

Sus! bajemos á la playa,
que la dulce aurora raya:
pronto el sol vereis brillar.
Preparad red y barquillas
y dejemos las orillas:
pescadores, á bogar!
A LA MAR! A LA MAR!

VOZ.

La brisa del oriente
con fresco soplo blando
las olas va rizando
que gimen de placer.
Partid antes que ostente

el sol, su faz hermosa;
y en pesca numerosa
podreis ricos volver.

Coro.

Desechad vanos temores;
á las barcas, pescadores:
¿Quién os hace asi dudar?
La tormenta está lejana,
mas si al fin ruge inhumana
viento en popa y á tornar.
A la mar! A la mar!

Voz.

Sentado en su barquilla
que por las ondas vuela
surcando á toda vela
va el pobre pescador;
viendo la amada orilla
perderse entre la bruma;
viendo la blanca espuma
que deja de sí en pos.

Coro.

Ya esclarece el firmamento,
arreciando sopla el viento;



vela suelta y á volar.
Rica pesca nos espera;
pronto, pronto en la ribera
la vendremos á dejar.
A LA MAR! A LA MAR!

VOZ.

Cuando en la noche oscura
el pescador cansado
vuelve á su hogar amado
de su cantar al son,
sus hijos con ternura
estrecha contra el seno;
de dulce gozo lleno
su rudo corazon.

CORO.

«Sus! bajemos á la playa,
«que la dulce aurora raya:
«pronto el sol vereis brillar.
«Preparad red y barquillas
«y dejemos las orillas:
«pescadores, á bogar!
«A LA MAR! A LA MAR!

AGOSTO—1849.

A LUZ, EN LA MONTAÑA.

Dejemos, Luz, este valle,
y subamos á la cumbre
de aquella verde montaña
que se levanta á las nubes.

Hé aquí, del undoso rio
junto á las ondas azules,
la fácil senda florida
que á su recinto conduce.

Placidamente subamos
y asi verás como huyen
las penas que nos agovian
con su inmensa pesadumbre.



Reposa un tanto, Luz bella,
no la fatiga te abrume:
presto verás qué alegría
por tu pecho se difunde.

Subamos aun mas, subamos
á esas rudas altitudes
para observar la florida
llanura, que se confunde

allá en su linde, del cielo
con los colores azules.
Oh! que inmenso panorama
la vista en ella descubre!

¡Cómo en las almas heridas
consuelo y bálsamo infunde
su soledad encantada,
sus arroyos que discurren,

sus avecillas que pueblan
el aura, de notas dulces,
sus árboles apiñados,
su cielo y sus blancas nubes!

¿No es verdad, señora mia,
que mil ilusiones surgen
de tu mente arrebatada
y á tu corazon refluyen?

¿No es verdad que esa campiña
con sus alfombras salubres,
con sus límites lejanos,
con sus tintas y sus luces,

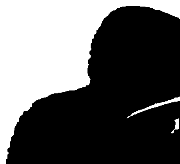
han rociado en tu alma
el bálsamo que la cure
de los terribles pesares
que triste y callada sufre?

¿No es verdad que tu no puedes
sentir que acorde murmure
la linfa del arroyuelo
que bajo las yerbas huye,

ni los trinos armoniosos
que en los altos abedules
las aves al sol dirigen
cuando en ocaso se hunde,

sin que en tu alma sensible
tiernas emociones luchen,
y como bellos fantasmas
en tu pecho se acumulen?

Es verdad, bella señora:
es verdad, que muchedumbre
de amorosas sensaciones
tambien de mi pecho surgen.



Por eso aqui es tan estrecho
el destino que nos une:
por eso aqui de este monte
en las verdes altitudes,

con lazo tierno tu alma
que á tus afectos sucumbe
se alza junta con la mia
hasta los cielos azules.

Hablemos, ó Luz, de amores,
pues mas que el néctar es dulce
hablar de amor bajo un cielo
que en el corazon le infunde.

Há poco te ví: en mi pecho
prendióse súbita lumbre;
que asi lo quiso mi estrella
y la fortuna voluble.

¿Por qué del amor huimos
y sus tiernas inquietudes,
cuando un sol hallar es fuerza
que nuestros ojos ofusque?

Así á tu amor, Luz hermosa,
con un lazo indisoluble,
preso entre flores me lleva
la estrella que por mi luce.

Oh! respóndeme: no esquiva
con fingida mansedumbre
bajando tus negros ojos,
que como dos astros lucen,

y acariciando tus rizos,
con tu silencio me abrumes:
respóndeme, que tu acento
mi penoso afan endulce.

No, calla! Tal vez la suerte
presto nuestra dicha turbe,
y «¡jamás!» al separarnos
inexorable pronuncie.

Adios, Luz: tan triste augúrio
en este instante se cumple,
y uno de otro nos aleja
la ingrata que hora nos une.

Adios, Luz: si algun recuerdo
guardas de estas horas dulces
que han pasado como pasan
de las flores los perfumes,

tranquilo recuerdo sea
que la corriente no enturbie
de tu vida, porque en tanto
que el sol del vivir me alumbre,



tierna será en mi memoria,
sin que el olvido la mude,
la imágen de los momentos,
ó Luz, que á tu lado estuve.

MAYO—1846.

AYES DEL ALMA.

¿Qué mano inexorable nos aleja
de todo cuanto amamos en el mundo,
sin escuchar nuestra sentida queja,
sin advertir nuestro dolor profundo?

Si vemos una flor que entre las flores
bella nuestros sentidos enamora;
si hallamos un raudal cuyos rumores
encantan con su música sonora;

si á la sombra de un árbol, dulcemente
escuchamos la tierna tortolilla,
la flor se mustia; agótase la fuente;
sécase el árbol; huye la avecilla.

Padres y hermanos nuestra infancia velan;
la amistad y el amor son nuestro encanto:
pronto estos goces disipados vuelan;
pronto su muerte nos anega en llanto.

La dicha entre nosotros no florece:
es ave que camina de pasada;
es humo que al subir se desvanece;
es nube de aquilon arrebatada.

Si son las penas fruto de la vida,
¿por qué no muere el alma de tristeza?
—Si aquí se encuentra en el dolor sumida
¡ay! harto sabe do su dicha empieza.

AGOSTO—1849.

LAS OLAS EN LA PLAYA.

¿Por qué murmurais dolientes,
rizadas ondas azules,
al morir sobre la playa
con humilde mansedumbre?

¿Cuyos son esos lamentos
que tan sentidos prorrumpen
cuando apacible la brisa
sobre vosotros discurre,

rozando vuestros cristales
que inquietos y sordos bullen,
con sus alas trasparentes
llenas de grato perfume?



¿Por qué ese afan perdurable
que ni aun el tiempo destruye
de hervir y correr ansiosas,
y en confusa muchedumbre,

á romper en blanca espuma
donde un sol brillante fulge
sobre las rubias arenas
que á prision blanda os reducen?

¿Será que vuestros cristales
dentro de su seno oculten
espíritu misterioso
que á eterno afan los impulse,

y en la playa solitaria
tan tiernos ayes pronuncie?
¡Ah! no, lastimeras olas:
en las tiernas inquietudes

que sin cesar os agitan
y á muerte cierta os conducen
cual yo ignorais quien en ayes
tan dolorosos prorrumpe.

Acaso por tantos siglos,
ardiendo en ánsias inútiles,
querais ensayar un nombre
que jamás el hombre escuche;

y mientras mansa la brisa
sobre vosotras sacude
sus leves húmedas alas
el mismo tal vez module.

Cuando el sol al rojo oriente
en carro de fuego sube,
y cuando brilla en ocaso
su cárdena postrer lumbre,

y cuando llega la noche,
y en trono de blancas nubes
triste claridad vertiendo
la luna cándida luce;

á todas horas, dolientes
murmurais, ondas azules,
y llenais el alma mia
de amorosa dulcedumbre.

Pláceme errar solitario,
sin duelos que me importunen,
por esta ignorada playa
que menudas conchas cubren.

Aquí los negros recuerdos
en el olvido se hunden,
y sencillas ilusiones
llenas de ternura surgen.



Desde aquí en grata tristeza
el alma mia descubre
sobre vosotras flotando,
bañadas de tibias luces,

las blancas sombras que vuelven
á que pasion les tribute
de las vírgenes do un dia
mi amor acendrado puse....

Hácia sí tristes me llaman!
Tal vez ingrato me juzguen!
Id, corred, rizadas olas,
decidles en ayes dulces

que cual antes en mi pecho
arde misteriosa lumbre,
y nunca será que olvido
su grato recuerdo enturbie.

Corred, y si á tal memoria
en ayes de amor prorrumpen,
á mi corazon traedlos,
y asi sus afanes cure.

Yo en tanto dejando al alma
que libre el espacio cruce
diré al veros en eterno
afan, que nada consume:

«¿Será que vuestros cristales
«dentro de su seno oculten
«espíritu misterioso
«que á vuestra muerte os impulse?»

AGOSTO—1849.

EL AMOR DEL POETA.

¿Por qué, doncella hermosa,
quieres gustar en la feliz pureza
de tu paz venturosa,
este que en mí rebosa
manantial de dolor y de tristeza?

¿Nò ves que si mi acento
te dice amargo la sentida historia
del afan que lamento,
doliente pensamiento
te dejará tan solo por memoria?

Oye, ó Luz: la amargura
que asi mi ardiente corazon oprime
la infundió tu hermosura
que con su llama pura
en rayos le abrasó de amor sublime.

Hora ese amor es tanto,
y es tan profundo mi ferviente anhelo,
que en mi mortal quebranto,
nublados por el llanto,
no ven mis ojos íris de consuelo.

Mas ¿ por qué ansiosa giras
con dulce afan la celestial mirada ?
¿ Por qué, triste, suspiras ?
Oh ! tú tambien deliras !
¡ Tambien de amor palpitas abrasada !

Ven, ven: brotando siento
férvida inspiracion dentro del alma:
ven, que mi pensamiento
te alzará al firmamento
para ceñirte inmarcesible palma.

Sí, ven, paloma mia,
porque su fuego celestial acrece
la noble fantasia,
y como el sol al dia
mi corazon inflama y engrandece.

¿ Ves las claras estrellas
que tachonan la bóveda del cielo
rutilantes y bellas,
cual vívidas centellas
de la nocturna oscuridad consuelo ?



¿No ves la luna hermosa
que despues de cruzar el ancha esfera
declina misteriosa
cuando el alba de rosa
en el azul del cielo reverbera?

¿Ves, Luz, ese fulgente,
ese gigante sol que en nubes de oro
aparece en oriente,
y luego en occidente
sepulta su magnífico tesoro?

¿No ves en la llanura
la corriente de arroyos y de rios,
en plácida dulzura
huyendo á la espesura
de los hojosos bosques y sombrios?

¿No ves en el estruendo
que mueve el hondo mar, en sones graves
misterioso bullendo,
cuan prestas van hendiendo
su azul cristal las voladoras naves?

En todo, estrella mia,
sublime impera cual triunfal señora
la rica fantasía,
cuando en noble osadía
le infunde Amor inspiracion creadora.

De su fuego llevada,
traspone los remotos horizontes,
y cual águila osada
se cierne arrebatada
sobre llanuras, selvas, mar y montes.

« Oh! ven: brotando siento
« férvida inspiracion dentro del alma:
« ven, ven: mi pensamiento
« te alzará al firmamento
« para ceñirte inmarcesible palma. »

Ay! este amor ardiente
es el amor sublime del poeta,
tan grande y prepotente
que rompe osadamente
la cadena que al mundo le sujeta.

Tal es, dulce señora,
el que viene á rendirte apasionada
mi alma que te adora...
Oh! ¡Bien haya la hora
en que ardió con tu fúlgida mirada!

DICIEMBRE—1848.

ADIOS AL MAR.

Adios, tranquilo mar! Hoy las riberas
que en eterno gemido
halagas con tus ondas lastimeras
voy á dejar sentido.

Voy á dejar tu brisa que murmura
de perfume bañada,
cuando al volar agita con dulzura
tu linfa sosegada.

No veré de tus ondas á la cumbre
subir el sol fulgente
sobre el carro de fuego cuya lumbre
te torna lago ardiente.

Ni veré tus barquillas, ni tu bruma,
ni tus soberbias naves;
tus bellas conchas, tu rizada espuma,
tus peces, ni tus aves.

¿Cuándo en la estensa playa recostado,
dejaré al pensamiento
recorrer otra vez con vuelo osado
el azul firmamento!

¡Quién sabe, oh mar! Acaso estos instantes
serán la vez postrera,
en que mis tristes pasos vacilantes
vaguen por tu ribera.

No quiera el cielo, no! La agreste calma
de tus dulces orillas
copioso manantial es para el alma
de ilusiones sencillas.

Turbado traje el corazon y triste
cuando vine á tu seno;
mas tú con tu grandeza le pusiste
como lago sereno.

¡Quiera Dios que al tornar al agitado
vivir de las ciudades
no se pierda la paz que en mí han sembrado
tus gratas soledades.

AGOSTO—1849.

VEN A MI!

Cuando tus verdes años, Laura hermosa,
entre ilusiones de oro resbalaban,
y era coral tu lábio,
y tu fresca mejilla nieve y rosa;
cuando tus bellos ojos reflejaban
la paz de tu alma pura,
ardió por tí de amor el alma mia;
mas tú, ingrata hermosura,
desdeñaste mi dulce idolatría.

¿Do están hora las bellas ilusiones
que luz y encanto de tu vida fueron?
Tus tiernas esperanzas
deshojaron ingratos corazones.

La fresca rosa y el coral ¿do fueron?
Y yo que fiel te adoro
aun á despecho de mi suerte insana,
¿perderé tal tesoro
de inmaculado amor, ó triste hermana?

Ven á mí! ven á mi amoroso pecho
que abrigo te dará, paloma herida:
en él dichosa calma
puede gozar tu corazon deshecho.
¡Mi amor es íris de tu triste vida!
Tus ilusiones puras
florecerán á su celeste fuego.
Si anhelas un amor sin amarguras
escucha, ó Laura, mi doliente ruego!

JUNIO—1850.



EN EL ULTIMO AMOR.

¿Dónde tendísteis, de la edad primera,
visiones de oro y rosa el vuelo incierto?
Tornad, tornad! Mi corazon ya muerto
con vuestro encanto renacer pudiera.
Hora en él arde su pasion postrera
cual sol que abrasa un arenal desierto:
en ella mira el faro de su puerto,
en ella el fin de su mortal carrera.
Bañad en nueva luz mi fantasia;
purificad mis últimos amores;
arrebatadme en himnos de ternura.
Y haced que el ángel de la vida mia
rinda en mi muerte lágrimas y flores
en el retiro de mi tumba oscura.

ENERO—1850.

EL ENTIERRO DE LA NIÑA.

Las niñas hermosas
caminan llorando,
ceñidas de rosas
de muerto color:
oid los pesares
que van lamentando
con tristes cantares
de inmenso dolor.

« O fúlgida estrella
« de gratos albores
« que apenas tu huella
« dejástenos ver:
« ó hermana del alma
« que en lecho de flores
« disfrutas la calma
« del sueño postrer:

« ¿ A dónde guiaste
« tu rápido vuelo,
« que así nos robaste
« tu amor fraternal ?
« ¿ A dónde te ocultas,
« ó luz de consuelo,
« que así nos sepultas
« en sombra mortal ?

« Las flores que fueron
« tu dicha y encanto
« marchitas murieron
« perdido tu amor :
« las tórtolas bellas
« perdieron su canto ;
« las blancas estrellas
« su vivo esplendor.

« Tú habitas dichosa
« la bella morada,
« florida y hermosa,
« de eterno placer :
« derrama inocente
« tu casta mirada,
« que el alma impaciente
« la anhela beber. »

Así en la pradera
las niñas esclaman

con voz lastimera
de pena infantil:
así en grito fuerte
la blanca flor llaman
que al sol de la muerte
mustióse en abril.

De nuevo su lecho
le cubren de flores,
y en llanto deshecho
las bañan al par;
y tristes mirando
sus bellos colores
se van alejando
con este cantar:

« O cándida hermana
« que huiste en tu aurora,
« el alma se afana
« por ir de ti en pos;
« mas ah! dolorida,
« sujeta, aquí llora:
« ó estrella perdida,
« adios, ay! adios! »

ENERO—1849.



CANTO DE GLORIA.

(En la muerte de la niña C.)

Al fin, paloma cándida,
tiendes las alas de oro,
mientras celeste coro
va de tu huella en pos:
al fin te alzan los ángeles
de aqueste impuro suelo:
¡Dichosa tú que al cielo
vas á gozar de Dios!

Cuando cual astro fúlgido
al mundo aparecias
yo saludé tus dias
con gozo fraternal:
hora tus lazos míseros
rompe dichosa muerte;

y te saludo al verte
cual ángel inmortal.

Entonces vertió lágrimas
el alma enternecida,
que ardiendo en luz de vida
tu azul pupila vió:
hora en celestes éstasis
llanto de amor derrama,
porque su pura llama
por siempre se apagó.

« Bendita, ó tú, paloma,
—dulce prorrumpo al verte—
« tú, fénix, que en tu muerte
« la vida hallas por fin.
« Ya por su oriente asoma
« el sol de tu alegría:
« bien hayas, alma pía,
« celeste serafin! »

En honda pena, huérfanos,
ay! los que ser te dieron
lloran porque perdieron
la prenda de su amor;
y con ardientes súplicas,
ó peregrina estrella,
volar tras de tu huella
quieren en su dolor.

Oye sus voces, óyelas;
son gritos de amargura:
« Torna, paloma pura,
« ¿ no ves nuestra ansiedad ?
« ¿ Por qué con vuelo rápido
« tu nido abandonaste ?
« ¿ No ves que nos dejaste
« funesta soledad ? »

Así en ayes tristísimos
sentidos á tí claman:
así ciegos te llaman
al valle del dolor;
mas yo que la luz mística
miro, que te circunda,
lleno de fé profunda,
y en himno triunfador,

« Bendita, ó tú, paloma,
—dulce prorrumpo al verte—
« tú, fénix, que en tu muerte
« la vida hallas por fin.
« Ya por su oriente asoma
« el sol de tu alegría:
« bien hayas, alma pía,
« celeste serafin! »

Este lugar de lágrimas
lugar es de destierro,

do en miserable encierro
cautiva el alma está;
mas tu morada angélica
la pátria es venturosa
do libertad gloriosa
respiras tierna ya.

En el celeste empíreo
te miro coronada,
vogando enagenada
por mar de eterna luz;
tendiendo en vuelo plácido,
con cánticos amantes,
tus alas deslumbrantes
de nácar y de azul.

Cohortes hermosísimas
de cándidos querubes
sobre doradas nubes
te siguen por do quier;
mientras la blanca túnica
te ciñen de la gloria,
cantando tu victoria
con inmortal placer.

«Bendita, ó tú, paloma,
—dulce prorrumpo al verte—
« tú, fénix, que en tu muerte
« la vida hallas por fin.

« Ya por su oriente asoma
« el sol de tu alegría:
« bien hayas, alma pía,
« celeste serafin! »

Ay! en tus manos cándidas
todos en santo coro
ponen el arpa de oro,
de son angelical,
cuyos acordes místicos
son voces de esperanza,
son himnos de alabanza
sublime y celestial.

Ante el escelso y fúlgido
trono de Dios potente,
con pasmo reverente
entonas su loor;
y á donde vierte nítida
la *matutina estrella*
su lumbre clara y bella
de dicha, paz, y amor.

Oh! ya tu canto angélico
de tierna melodía
percibe el alma mia
presa de dulce afan;
y ve tambien la espléndida
llama de dulce gloria

que en tu inmortal victoria
gratos tus ojos dan.

«Salud, ave dichosa
«que desplegaste el vuelo
«para ganar un cielo
«de libertad sin fin:
«esa mansion de rosa
«morada es de ventura:
«Salud, ánima pura,
«celeste serafin!»

JUNIO—1849.



A LOS ARTISTAS.

(*Introduccion de un álbum.*)

Venid, venid, los que en la triste vida,
pasando peregrinos,
la senda del placer dejais florida,
para cruzar por ásperos caminos :
los que el fuego sagrado
sentís arder del Génio esplendoroso;
los que henchidos de fé, con vuelo osado
mas allá remontais el pensamiento,
del mundo tenebroso;
venid, que os llama mi inspirado acento.

Los que en lira de amor ceñida en flores
himnos alzais de gloria;
los que del cielo en mágicos colores
con el áureo pincel contais la historia;
los que en blanda armonía
copiais del tierno corazon que gime
los ecos del dolor y la alegría;
los que á Dios por el fuego que os inflama
templo elevais sublime;
venid, venid! Mi inspiracion os llama!

Llegad al ara humilde que os presento
á las Artes alzada:
yo invocaré con poderoso acento
la inspiracion á vuestra mente osada;
y luego que descienda
de misterioso fuego revestida,
cantaremos su gloria, y en ofrenda
que fé sublime en su loor pregona,
de láuro y flor tegida
les rendiremos ínclita corona.

Ellas, viendo este amor inestinguible
por su inmortal decoro,
fieles, de su belleza inmarcesible
nos abrirán el cándido tesoro;
y ya que en sus raudales
haya templado entusiasmada el alma
su noble sed de goces celestiales,

cual alto galardon de dulce gloria,
nos cederán la palma
que habrá de eternizar nuestra memoria.

AGOSTO—1849.

CORONA DE MUERTE.

Ven, Luz! Tu mano cándida
posa en mi herido pecho.
que del dolor al ímpetu
roto se vé y deshecho....
Ven! ¡Por piedad escucha
la triste horrenda lucha
que siente el corazon!
Latidos de agonía
que acaso, hermana mia,
ay! los postreros son.

Hermana! El lábio trémulo
no puede ya mas darte
el nombre aquel ternísimo

con que logró invocarte
cuando la lumbre pura
del sol de la ventura
brillaba sobre mí.
Ay! en mi pena insana
solo una triste hermana
veré desde hoy en tí.

No llores! Harto el ánima
de crudo afan henchida,
viendo morir los últimos
contentos de mi vida,
harto en dolor se anega
cuando á decirte llega
su postrimer adios.
O Luz! en nuestro anhelo
funesto amargo velo
se estiende entre los dos.

Ayer feliz mi espíritu
te amaba en leda calma,
y tú, siempre benéfica,
diste á mi fuego palma;
mas hoy que á la alegría
muriendo voy, Luz mia,
deja de amarme ya;
porque sino mi llanto
disipará tu encanto,
tu calma turbará.

Como visiones mágicas
cruzan por mi memoria,
ó hermana! las imágenes
de mi perdida gloria;
de aquella edad dorada
y en sueños arrullada
de paz y de placer;
mas, ya mis dichas muertas,
solo cenizas yertas
encuentran al volver.

En vez de aquellos cánticos
de gozo y de ternura
con que en celeste júbilo
loaba su hermosura,
tristísimos acentos,
suspiros y lamentos
escuchan al cruzar;
y al ver ay! tantas penas
huyen de angustia llenas,
ya para no tornar.

Sí, llora, llora! Un hálito
siento de lenta muerte
que el fuego de mi ánima
en yelo, ó Luz, convierte:
ya la sonrisa loca
que apareció en mi boca
querellas se tornó;

y de los ojos mios
ya indiferentes, frios,
la lumbre se apagó.

Sí, llora! Véme trémulo,
ya con la faz marchita,
cual hoja mustia y pálida
que fuerte el viento agita,
vème con esta ofrenda
de triste suerte prenda,
que rindo hoy á tus pies.
¡Cuál mi dolor pregona
esta infeliz corona
de funeral ciprés!

Adios! Cuando su lóbrega
cárcel, quebrante el alma,
y suba á ceñir plácida
de su dolor la palma;
entonces tú, Luz pia,
llega á la tumba mia
para ponerla allí;
y ese será en el cielo
el postrimer consuelo
que guardará de tí.

JULIO—1849.

TRISTEZA Y CONSUELO.

Epístola.

E il duol cimento
ove Dio prova degli humani il core
SILVIO PELLICO.

Y ¿qué he de hacer si no llorar contigo?
¿Cómo calmar la dolorosa angustia
que te acongoja el corazon, que llena
de amargo desaliento el alma tuya?
No, no hay consuelo á desconsuelo tanto
mas que las lentas lágrimas que surcan
la abrasada mejilla: no hay acentos
para templar tan hondas amarguras
mas que los ayes de afliccion, lanzados
por otro corazon, que en triste lucha
cual el tuyo la pérdida lamenta
de la fúlgida estrella, que ya nunca,
nunca dará consuelo al alma herida
con el influjo de su lumbre pura.

Ah! tú recuerdas las alegres horas
de aquel gozar á que la mente ilusa
se entregaba de lleno, no esperando
tan pronto fin y tan acerba angustia.
Tu alma al vêr rotos los sencillos lazos
del amor de tu Luz y su ternura,
se vió sumida en soledad horrenda,
llena de afan, y desolada, y mustia;
como la madre que espantada mira
del dolor bajo el peso yerta y muda,
la huesa abrirse á su querido infante
junto á los bordes mismos de la cuna.

En tu mirada tus memorias leo;
esas tiernas memorias que no anublan
ni la distancia, ni el feroz olvido
que lo devora todo: tal vez cruzan
por tu agitada ardiente fantasía
las horas de emocion y de ventura,
en que alumbró vuestros amores castos
con su apacible claridad la luna.....

En alameda solitaria os miro,
que el astro hermoso de la noche alumbra,
en éxtasis dulcísimo: rendida
por la emocion inmensa que le abruma,
Luz, tu cándida Luz, su blanca frente
entre las manos temblorosa oculta.
Tú, ante la casta hermosa fascinado,

latir sintiendo con violencia ruda
tu apasionado corazon, recojes
sus ahogados suspiros, sus confusas
dulcísimas palabras, que tus ojos
con silenciosas lágrimas anublan.....

Mas ay! yo añado á tu penar inmenso
una fuente abundosa de amargura
con tan tiernas memorias: tú conoces
tu vivo amor en la presente lucha.
Perdiste á Luz, ó triste; y aun pretendes
de nuevo hallar su cándida hermosura,
y en todas partes soledad encuentras,
ay! soledad como la muerte muda.....

Y ¿por qué del dolor al triste influjo
ha de rendirse el corazon? ¿No cura
bálsamo alguno las heridas hondas
de la enemiga suerte? ¿Nada endulza
las amargas tristezas de la vida,
ni al alma premia sus ignotas luchas?
Ah! sí; cual yo lo sabes: solo puede
rápida alzar tan angustiosa duda
la fuerza del dolor que con su peso
nuestros esfuerzos débiles abruma,
y el llanto que empañando nuestros ojos
la luz de la esperanza nos ofusca.

Harto sabes que el alma peregrina
por tierra de afliccion y desventura,



y que al llegar la hora misteriosa
en que sus alas con placer sacuda,
con la esperanza eterna como guia
que á la patria inmortal siempre la impulsa,
ha de elevarse en invisible vuelo
á la morada santa de la altura.
Y ¿qué son los dolores y las penas
que la existencia terrenal ocupan
si no fuegos que el alma purifican
y en vencer y esperar mas le aseguran?

Ah! de tus ojos deslizarse miro
dos sosegadas lágrimas que anuncian
que ya tu corazon, de la esperanza
el astro ve consolador: ya alumbran
tu espíritu sus rayos: sí; confia,
que el sol está tras de la nube oscura.
Yo cual tú amé y perdí; y el alma triste
se vió sumida en soledad profunda,
pero escuchó una voz consoladora
que le prestó, para vencer, ayuda.
Oyela tú tambien: su dulce influjo
consuelo manda á quien consuelo busca.
Ella dice: —«Esperad: el llanto amargo,
«el alma purifica en su clausura:
«esperad, que no hay íris de bonanza
«sin que primero la tormenta ruja.»

JULIO—1848.

LEJOS DE TI.

Hora que entre rojas nubes
se hunde el sol á lento paso
tras las estériles cimas
de aquellos tristes collados;

en la quietud misteriosa
de estos valles solitarios,
do no murmura un arroyo
ni un ave hiende el espacio;

juzga el pensamiento mio
verte en los fúlgidos rayos
de la antorcha moribunda
que se apaga en el ocaso.



Ya, dulce bien de mi vida,
verme esperarás en vano
luego que la negra noche
enlute los cielos altos;

que por contraria fortuna
de tí me encuentro apartado,
y no veré tu sonrisa
ni tú enjugarás mi llanto.

Por inmensas soledades
voy, dulce amiga, vagando,
como un ave peregrina
lejos de su nido caro.

Mas ¿quién sabe si el olvido,
el olvido despiadado,
agotará de mis ojos
las lágrimas que derramo?

¿Quién sabe si tu memoria
tornaráse humo liviano,
y se apagará en cenizas
este fuego en que me abraso?

El corazon combatido
por rudos vientos contrarios
hoy olvida lo que ayer
idolatraba estasiado!

Mas ah! no, señora mia,
que cual fuego sacrosanto
será en mi pecho el amor
con que ciego te idolatro.

Aun las perlas de tus ojos
pienso triste estar mirando;
aun repiten en mi alma
su postrero adios tus lábios.

Ah! nunca será que olvide
esos momentos amargos
en que de tí me partia
con el pecho desgarrado!

Tal vez en mi hogar tranquilo
pueda hallar algun descanso
á la sañuda tormenta
que corro de tí lejano!

Allí con fé misteriosa,
á tu recuerdo, entre llanto,
en el altar de mi pecho
prestaré culto sagrado.

Y así que en los cielos raye
de la aurora el brillo grato,
y así que en el occidente
el sol sepulte su carro,



En la espesura el aura
va murmurando,
y las hojas agita
con soplo blando;
que en su murmullo
quiere imitar por tierno
tu dulce arrullo.

La tortolilla lanza
voz lastimera,
y buscándote gira
por la pradera;
mas tú entre tanto
no quieres escucharle
su triste canto.

Y ¿te ocultas, paloma,
dentro del nido,
desdeñando ese tierno
clamor sentido?
Ay! ¿no le dejas
para escuchar sus tristes
HIMNOS Y QUEJAS?

Yo tambien, alma mia,
rosa de mayo,
llamándote, en el arpa
himnos ensayo:
flor de las flores,

tú serás la paloma
de mis amores.

Lamentando mis penas
á tu ventana,
vanamente ver quiero
tu faz galana:
si eres hermosa
tambien espinas tienes
como la rosa.

Levántate del lecho,
sal á tus rejas,
á escuchar mis sentidos
HIMNOS Y QUEJAS:
estos cantares
son ecos dolorosos
de mis pesares.

Ay! si escuchar no quieres
mi pena impía
yo romperé á tus ojos
el arpa mia;
y en tus balcones
nunca se oirán los ayes
de mis canciones.

JULIO—1849.

FIN.



ÍNDICE.

Pág.

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
12	26	1859	1849
28	20	treme	gime
118	9	¿Lo amais	¿Le amais
id.	id.	Amadlo	Amadle
120	1	Ah!	Ay!

Se vende en casa de BAILLY-BAILLIERE, calle del Príncipe, MONIER, carrera de San Gerónimo y en la librería Europea, idem.

M-T

